

El Observador

ARTES Y CULTURA LA REVISTA



¿Cómo nos puede aportar el arte para ser un mejor país?

Lea estas páginas y encuentre la respuesta.

Durante los últimos cuatro meses, el equipo de El Observador salió a buscar todas esas acciones que desde la música, el teatro, la danza y el diseño transforman positivamente su territorio.

Además: Especial Diversidad e Inclusión.



TIEMPO DE SIEMBRA

EL CAMPO EN TU CASA

Encarga una huerta a la medida de tu espacio para comer saludable, ahorrar dinero y darle un toque especial a tu hogar.

Más información: 312 585 8902

www.tiempodejuego.org



Con otros ojos

Por **Andrés Wiesner**
Director de El Observador



un escenario neutro en el que podían intercambiar ideas, recuperar algo de lo que habían dejado en sus regiones, sentir confianza por su vecino.

Colombia vivía entonces los peores años de la guerra, pero lo que pasaba en Tiempo de Juego nos generaba algunos atisbos de esperanza. La comunidad se unió y nos guió para colectivamente satisfacer las necesidades de sus hijos y tener de nuevo una oportunidad de soñar. De ser felices.

Hoy, Colombia vuelve a vivir tiempos difíciles. Historias dolorosas e incomprensibles como la de David, sumadas al rearme de algunos grupos, han comenzado a desvanecer las ilusiones que generó el proceso de paz.

Y aunque el dolor está presente en la Fundación por los sucesos recientes, sentimos que no es momento de tirar la toalla ni de culpar a unos u otros. Estamos convencidos, por el contrario, de que es momento de ser más fuertes y creativos y de ser parte de la solución. De que debemos ser capaces de reescribir la historia de nuestros territorios y a través de nuevas narrativas generar espacios para recuperar la confianza.

Con ese propósito nació el portal web El Observador. Una iniciativa de jóvenes de Soacha y localidades del sur de Bogotá que, cansados del estigma, el señalamiento y la exclusión, quieren verse y pensarse diferente.

Participantes de las áreas de producción musical, producción audiovisual, publicidad y periodismo, cuatro de las actividades que ofrece hoy Acompaña la Jugada, son los protagonistas de esta plataforma que tomó vida el pasado mes de septiembre. Ellos pretenden, sin desconocer la realidad, visibilizar el talento y las buenas noticias que suceden en las esquinas de sus barrios.

El Observador busca que estos jóvenes, guiados por reconocidos periodistas de nuestro país, encuentren en el periodismo digital y en las nuevas tecnologías un espacio para comenzar a construir su propia memoria. Un lugar donde a través de las letras, la imagen y la música se amplifiquen las buenas noticias y que logre movilizarnos hacia ese nuevo rumbo que todos anhelamos.

Nuestras primeras semanas al aire han estado dedicadas a explorar la relación entre el arte y el desarrollo. Jóvenes del sur de Bogotá, Soacha, Magdalena y el sur del Cauca, algunos de ellos antes enemigos por dinámicas del conflicto social y armado de nuestro país y ahora colegas con un objetivo común, están haciendo buen uso de y poniendo en práctica las diferentes opciones que nos ofrece la cultura para empoderarnos y transformar positivamente a Colombia.

También, conscientes de que la diversidad y la inclusión han sido la base para alcanzar nuestros objetivos y trabajar colectivamente para abarcar el triángulo comunitario y solo así lograr un verdadero desarrollo, esa es la nueva temática a la que se enfrentó el equipo de redacción de El Observador. Es por eso que en este especial impreso, que circulará cada tres meses con nuevos artículos y lo mejor de nuestro portal, encontraremos notas sobre adulto mayor, género y otras poblaciones que exigen un lugar protagónico en los medios de comunicación.

Esta primera edición también está dedicada a David y a todos los que desde estas páginas llamamos los hijos de la guerra, porque esta seguirá siendo nuestra manera de resarcir y de protestar.

Hace doce años comenzó el programa de artes Acompaña la Jugada. Y comenzó porque nos dimos cuenta de que algunos de los niños que asistían a los entrenamientos de fútbol de la Fundación Tiempo de Juego lo hacían solo por divertirse, por conocer a otros niños o en busca de un refrigerio, pero en realidad no les gustaba este deporte.

David Cetina fue uno de los primeros participantes de aquel programa de artes que, al igual que el de fútbol, buscaba que los niños de los Altos de Cazucá aprovecharan su tiempo libre de manera productiva. Aunque David no podía hablar por un problema en sus cuerdas vocales, estoy casi seguro de que a él sí le gustaba el fútbol, pero también le gustaba pintar y leer con sus amigos. También estoy seguro de que asistía por el refrigerio.

A las 6:30 de la tarde del pasado 27 de diciembre de 2018 David fue asesinado en el barrio Julio Rincón de la Comuna 4 de Soacha. Contaba 19 años y siempre lo acompañaba una sonrisa. Aunque nada de esto salió en los medios de comunicación, pudo conocerse que se trató de una venganza entre bandas que pretenden quedarse con el poder de los expendios de drogas y armas en Cazucá; que David poco o nada tenía que ver con el tema y que más bien querían hacerle daño a su hermano. Se sabe también que su asesino, de 14 años, le dijo: "Salga a correr, David", y luego le disparó dos veces por la espalda.

Se cumplen trece años desde que Tiempo de Juego empezó su trabajo en aquel sector, en la comuna 4 de Soacha. Un barrio creado por grupos de izquierda que comenzaban procesos de desmovilización y que levantaron allí las primeras casas en los años setenta. Dos décadas después, hacia los años noventa, grupos de extrema derecha se asentaron en la zona para planear su ofensiva a Bogotá.

Las consecuencias de este encuentro fortuito son el origen y la causa de su estigma. Son obvias las implicaciones. Sin embargo, y quizás con similitudes a lo que sucedió en Ruanda en la época de la amnistía, cuando víctimas y victimarios reiniciaron su vida habitando las mismas aldeas, poco a poco los habitantes de Cazucá fueron encontrando objetivos comunes y se vieron obligados a convivir y a dejar atrás las heridas del pasado.

Me atrevería a afirmar que, en parte, fue gracias a esto que la iniciativa de Tiempo de Juego fue bien recibida en la zona. Esas precarias escuelas de fútbol y arte no solo generaban en los pequeños una nueva manera de relacionarse, sino que permitieron a sus padres encontrar



15 años

ofreciendo los mejores precios del barrio Julio Rincón

Compre tradicional, compre calidad, compre en **AUTOSERVICIO TATIANA**

Calle 48 # 17b-25e Barrio Julio Rincón

Director
Andrés Wiesner

Editoras
Natalia Villegas, Luisa Reyes

Producción Ejecutiva
Pilar Ibáñez

Producción general
Valeria Mejía, Katherine Martínez

Periodistas
Juliana Arévalo, Laura Díaz, Laura Morales, Valeria Pillimue, Natalia Roa, Cristian Rojas, Daniel Sánchez

Invitados
Gonzalo Mallarino, Margarita Posada, Fernando Quiroz, Esteban Reyes, Ricardo Silva

Diseño
Alvaro Gil

Fotografía
Cristian Rojas

Ilustraciones y Portada
Fiorrella Ferroni

Corrección de estilo
María Paulina Montoya

Community Manager
Cristian Cuellar

Traducción
Amunet Boafó

Agradecimientos
Programa Alianzas para la Reconciliación, USAID, ACDIVOCA, Fundación Sesana, Sonia Suárez, Especialista Senior PAR

El contenido en esta revista no es información oficial del Gobierno de Estados Unidos y no representa las opiniones o las posiciones de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) o del Gobierno de Estados Unidos.

Vea también en
elobservadornoticias.com

• Conozca de qué se trata la teoría de "embriaguez natural" del doctor en sicología Harvey Milkman.

• Nuestro periodista más joven, con tan solo 12 años, se enfrenta a la cámara por primera vez con una entrevista al escritor Juan Esteban Constain. Probó finura.

• Recorra en nuestra infografía las actividades de teatro, danza, música, tecnología, periodismo y arte en general, que hacen parte del programa "Acompaña la jugada" de la Fundación Tiempo de Juego.

• Conozca el proyecto 'Huerfanas' y la labor de 'Andrea Latas', dos historias que demuestran cómo el arte trasciende la música, la pintura, el cine, y puede llegar a la esfera medioambiental.

Through Other Eyes

By **Andrés Wiesner**
Editor in chief
at **El Observador**

Twelve years ago, the arts programme, Acompaña La Jugada, was set up. At the time, we realized some of the children who were attending Tiempo de Juego's soccer training were not as interested in the activity as others, but were mostly attending to meet friends or to receive the snacks. In truth, they didn't like the sport.

David Cetina was one of the first participants in the arts' program. The intention of it was similar to that of the soccer program, offering children of Cazucá the opportunity to make the most of their free time. Although David was not able to talk due to a problem with his vocal cords, I am almost sure he liked soccer, but also to paint and read with his friends. I am also sure that he attended for the snacks.

At 6:30 p.m. on the evening of the 27th December 2018 last year, David was killed in the Julio Rincón neighbourhood of Soacha's Commune 4. He was 19 and always had a smile on his face. Although none of this reached the media, it is known that his killing was out of vengeance between gangs that were trying to stay in control of the sale of drugs and arms in Cazucá; that David had little or nothing to do with it, and that most likely they had wanted to hurt his brother. It is also known that his killer, 14 years old, told him, "Get out of here and run, David", and then he shot him twice in the back.

It has been thirteen years since Tiempo de Juego began working in Cazucá, a neighborhood where left-wing groups first settled when they began the process of demobilization. The first houses were built in the 70s. Two decades later, in the 90s, right-wing extremist groups also settled in the area to plan their offensive on Bogotá.

The consequences of this coincidental encounter are the origins and the cause of its stigma. Its implications are obvious. However, and perhaps with similarities to what happened in Rwanda in the period of amnesty, when both victims and killers began their lives again living in the same small villages, the habitants of Cazucá were finding, little by little,

common objectives, and were looking forward to leave wounds behind.

I would dare to sustain that, to a certain degree, it was thanks to the desire to move forward, that the proposal of Tiempo de Juego was well received. Those precarious schools of soccer and art didn't just prompt in the children a new way of relating to one another, but allowed their parents to find a neutral setting in which to exchange ideas, feel part of a community and trust their neighbours.

Back then, Colombia was experiencing the worst years of the war, but what was happening at Tiempo de Juego was providing glimmers of hope for us all. The community came together and guided us to collectively fulfil the needs of their children and gave us the opportunity to dream again. To be happy.

Now, Colombia is going through difficult times again. Painful and unfathomable stories such as David's, added to the rearming of some groups, have begun to dispel the illusions the process of peace had created.

And although we feel the pain of recent events in the Foundation, we feel that this is neither the time to throw in the towel nor to blame one another. We are convinced that this is the time to be stronger, more creative and to be part of the solution. It is time to be capable of rewriting the history of our neighborhoods and, through new narratives, create spaces in which to regain trust.

With this purpose in mind, the website El Observador was born. An initiative of the young people from Soacha and southern Bogotá who, tired of the stigma, the finger-pointing and the exclusion, want to be seen and thought of differently.

Participants in the areas of musical production, audio-visual production, publicity and journalism, four of the activities that Acompaña la Jugada now offers, are the protagonists of this platform that came to life on 11th September this year. They want, without ignoring reality, to make visible the talent and good news that happens in the corners of their neighborhoods.

These young people, guided by some renowned journalists of our country, find in digital journalism and in new technology, a space in which to build their own memory. A place where through words, images and music, the good news is amplified, and manages to mobilize us towards this new path that we all yearn for.

Our first weeks on air have been dedicated to exploring the relationship between art and development. Young people from southern Bogotá, Soacha, Magdalena and the south of Cauca -some of them former enemies during the armed conflict and now friends with a common objective-, are putting into practice the different options offered by culture to empower us all and to positively transform Colombia.

We are aware of the fact that diversity and inclusion have been the basis for reaching our objectives and working collectively to embrace the "communal triangle", and only then achieve true development. That is why it has become the new theme being taken on by El Observador's editorial team. In this special print edition, which will circulate every three months with new articles and the best of our website, we will find pieces on elder citizens, gender and other populations who demand a central role in the media.

This first edition is also dedicated to David and to the children of war, because this will continue to be our way of compensating and protesting.

Los Observadores



JULIANA ARÉVALO

Integrante del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego y futura psicóloga. Para esta edición fue coautora del perfil de Andrea Latas. Pág. 12



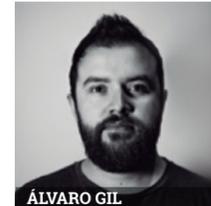
CRISTIAN CUÉLLAR

Community manager del Colectivo de Comunicaciones de Tiempo de Juego, es el encargado de manejar todas las redes sociales de la Fundación. Pág. 12



LAURA DÍAZ

Gestora del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego y apasionada por lo audiovisual. Realizó producción e hizo el perfil de Johana Bahamón. Pág. 12



ÁLVARO GIL

Diseñador gráfico de El Observador y de Tiempo de Juego. Esta revista es una clara muestra de su talento y creatividad. Pág. 12



PILAR IBÁÑEZ

Productora ejecutiva de Labzucca. Es la encargada de coordinar todas las labores necesarias para que los proyectos se conviertan en realidad. Pág. 12



VALERIA MEJÍA

Periodista y productora de Labzucca y de El Observador. Apoyó en edición y coordinación de tareas diversas. Pág. 12



LAURA MORALES

Desde su organización Tribuna Abierta ha participado en los talleres de periodismo de Tiempo de Juego. Escribió sobre discapacidad y barras bravas. Pág. 24



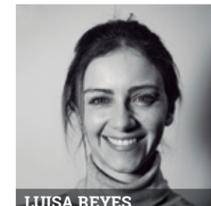
VALERIA PILLIMUE

Integrante del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego. Autora del perfil de Carlos Osorio (pág. 6) y coautora del de Andrea Latas. Pág. 12



ESTEBAN REYES

Director ejecutivo de Tiempo de Juego y, además, una gran pluma. Esta vez escribió sobre la compañía de danza Cleo Parker Robinson. Pág. 14



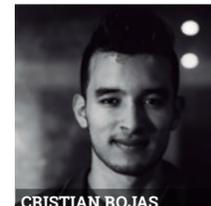
LUISA REYES

Editora de El Observador. Además de su rigurosa labor como editora, para esta edición escribió el perfil del diseñador Christian Colorado. Pág. 13



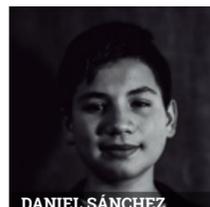
NATALIA ROA

Coordinadora del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego en Santa Marta. Escribió sobre las voces de la periferia. Pág. 26



CRISTIAN ROJAS

Coordinador del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego. Además de fotógrafo estrella, entrevistó al sicólogo estadounidense Thomas Kamber. Pág. 18



DANIEL SÁNCHEZ

Integrante del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego. Fiel asistente a los talleres de periodismo de la Fundación. Entrevistó al escritor Juan Esteban Constain. Pág. 36



NATALIA VILLEGAS

Editora de El Observador. Es responsable de la edición de esta revista y su toque está presente en todas las decisiones que la han materializado. Pág. 21



ANDRÉS WIESNER

Director de El Observador y creador de Tiempo de Juego. Además de revisar con lupa esta revista, escribió la crónica sobre Bojayá. Pág. 28

Invitados especiales:



GONZALO MALLARINO

Poeta y novelista. Escribió para esta edición un hermoso texto en el que imagina su vejez en Bogotá. Pág. 20



MARGARITA POSADA

Escritora y periodista. Debido a sus largas temporadas en las afueras de la capital, la invitamos a imaginar cómo sería su vejez en el campo. Pág. 22



FERNANDO QUIROZ

Escritor. Su majestuosa pluma nos llevó a imaginarnos con él una vejez junto al mar. Pág. 21



RICARDO SILVA

Escritor y columnista. Por su inmensurable bagaje cinematográfico, lo invitamos a reseñar el documental Antes de tiempo. Pág. 38



Que la verdadera champeta se baila en una esquina del barrio San Francisco, en el improvisado picó de pueblito en los altos de La Popa o un domingo de Reyes en la Plaza de Toros, no es nada nuevo bajo el sol cartagenero. Lo que hasta ahora era un misterio es que este género, que carga a cuestas el legado africano con todos sus significados de dolor y alegría, pudiera convertirse en un aliado para la resocialización de los jóvenes en esta ciudad mágica y, a su vez, marginada.



Fotografías, Sergio Rueda

Kevin nació y creció en el barrio Santa Rita en las faldas de La Popa. De frente al mar. Desde su casa lo ve. De espaldas a esa ciudad amurallada que pocas veces visita. Tras una vida agitada en la que la delincuencia y las mal llamadas barras bravas se convirtieron en sus únicas razones para encontrarle significado al mundo que le tocó vivir, hoy busca resarcir sus errores en la Fundación Talid, adonde asiste una vez por semana a pagar una pena que dictaminó el juez denominada Libertad vigilada asistida.

Kevin tiene el pelo pintado de amarillo. Del mismo color de sus ojos que resaltan con su piel canela. Es flaco, los dientes desordenados y no mide más de 1.60. Su sueño es ser cantante y dice que ya ha grabado algunas canciones. De champeta, claro, pero también le gustan el reguetón y la balada.

Alza los brazos para saludar a su gente. Para que el público cante su canción. Al hacerlo deja ver las cicatrices de su guerra. La de la absurda violencia del fútbol y las fronteras invisibles. La que, según el último informe de Cartagena Cómo Vamos, dejó ciento veintiséis muertos en 2018.

Son las once de la mañana y en el Centro de Atención Especializada (CAE) de Turbaco la temperatura alcanza los cuarenta grados. Quizás no es el concierto con el que siempre soñó Kevin pero en algo se parece. Samir, que también paga una pena en la modalidad Libertad vigilada asistida, hace la voz principal. Él es alto, apuesto, musculoso. Charles King y Louis Towers, los conocidos Reyes de la champeta, son los coristas del día, y otros nueve jóvenes que también asisten a la Fundación Talid completan la banda.

En una cancha de microfútbol setenta jóvenes me-

nores de edad, privados de la libertad por delitos que van desde homicidios hasta robos menores, son el público del concierto. Poco a poco se han conectado con la música y ahora observan y aclaman a los cantantes como cualquier fan a su artista favorito. Hoy los divide una tarima, pero la mayoría son viejos conocidos del barrio u otrora enemigos. Isaac, uno de los cantantes, estuvo recluso en este centro hace apenas unos meses. Casi pierde su brazo en una pelea interna en la que tuvieron que intervenir la policía y el SMAD. Antes de comenzar el concierto tomó el micrófono y agradeció a Dios. “No le tengan miedo a la libertad, muchachos”, les dijo.

Para los integrantes de la Corporación Reconciliación Colombia, una plataforma de la sociedad civil que busca la transformación positiva del país, el trabajo en el posconflicto no es solo con los desmovilizados de los grupos armados. Para ellos, son muchas más las poblaciones con las que se debe dialogar y entre estas están los muchachos privados de la libertad. Los hijos de la guerra. Aquellos que quizás nunca tuvieron una oportunidad y hoy son víctimas de sus propios delitos. Por eso trabajan desde 2017 en centros de privación de la libertad de menores en diferentes lugares del país. Junto con el programa PAR de ACIDI/VOCA y USAID crearon el proyecto “La reconciliación es nuestro cuento”, cuyo objetivo es generar habilidades para la vida, el ejercicio de la ciudadanía y la reconciliación en adolescentes y jóvenes, educadores y familias, a través de encuentros en los que se desarrollan actividades de reflexión en torno a cuatro dimensiones: confianza, empatía, cooperación y reciprocidad. “Al finalizar las sesiones de implementación de la metodología los jóvenes se encuentran frente

al reto de crear una iniciativa que recoja lo aprendido e invite a la comunidad a ser partícipe de escenarios que en conjunto los inspiren a transformar contextos y a reconciliarse”, afirma Sergio Guarín, director de Reconciliación Colombia.

De esta manera, cuando se les preguntó a los once jóvenes de este proyecto en la ciudad de Cartagena cuál querían que fuera su iniciativa para cerrar su proceso la respuesta fue tajante: “Queremos hacer un video”. Fue entonces cuando el equipo de Reconciliación Colombia, consciente de que trabajar en alianza es la única promesa real para salvar a este país, llamó a Tiempo de Juego. Esta Fundación ha puesto su metodología para la convivencia -por medio de actividades deportivas y artísticas- al servicio de los centros de internamiento desde hace algunos años. También tiene a Labzuca, una productora audiovisual y editorial integrada por participantes de la misma Fundación que se han formado en las áreas de la comunicación. Al parecer: los idóneos para realizar el video con el que soñaban los jóvenes.

Plan de rodaje

¿Qué estrategia utilizar para acercarse a un joven como Samir, quien no conoció a su padre y cuya joven madre antes que pensar en cualquier otra cosa que tenga que ver con su vida debe velar primero por dar de comer a sus tres hermanitos? ¿Cómo enseñarle a Cristian a manejar una cámara si su concentración está parcialmente afectada por el consumo de drogas y por ahora quiere que nadie se dé cuenta de que lleva un cuchillo debajo de su camisa? ¿Cómo mantener la atención de Kevin, si en ese mismo momento está pensando en cómo pagar una deuda que, de no hacerlo, le costará la vida? La respuesta la tiene el poeta danés Hans Christian Andersen: “Cuando las palabras fallan, la música habla”.

Si hay algo que mantiene en pie a estos jóvenes, y me atrevería a decir que a gran parte de esa Cartagena olvidada que, junto a Cali, es la ciudad de mayor pobreza extrema de Colombia, es la música. Esas notas champeadas que suenan desde primera hora en un celular, un televisor o un picó y con un reflejo automático ponen a todos a mover las caderas sin importar el hambre, la exclusión o la tristeza son el oxígeno que no los deja ahogar en ese mar contaminado de corrupción y miseria.

Así que cuando se les propuso un video musical las cosas fueron de otro precio. Todos tenían una historia por contar. Kevin mostró desde su celular una canción que había grabado. Samir contó sobre sus colaboraciones en producciones con reconocidos artistas. Jhon Luis y Jerson cambiaron su mirada. Isaac alzó su camisa y dejó ver el tatuaje del Real Cartagena al tiempo que coreaba una barra de cumbia villera. Iván, productor de Labzuca, quien había viajado desde su natal Cazucá a conocer esa Cartagena de la que tanto le habían hablado, dejó salir notas de champeta de su guitarra para que comenzara la fiesta.

De la mano de Nicolás Gori, músico y pedagogo de la Fundación Tiempo de Juego, comenzó un taller práctico de cuatro semanas dividido en ocho sesiones. El propósito fue producir un videoclip de champeta en el que los muchachos fueran los protagonistas de principio a fin y pudieran expresar lo que estaban sintiendo.

En la Fundación Talid, en una casa amplia a mitad de cuadra del barrio Torices, se realizó la primera sesión que consistió en un taller de escritura del que nació la letra de la canción. En la segunda se familiarizaron y



aprendieron los roles de producción bajo las frondosas ceibas y los enormes alicantes del Centro Zonal de la Virgen del ICBF. En la tercera, primer día de rodaje, fueron citados a las 7:00 am en este mismo lugar, en medio de un aguacero torrencial, y nadie llegó después de la hora pactada. En la cuarta comenzaron a grabar las voces, y en la quinta caminaron libres cantando su canción por las mágicas y turísticas calles de Getsemaní que se niegan a perder sus raíces.

Dos bailarinas que se juegan el pan de cada día al lado de shakiras con bigotes, dobles de Michael Jackson, perritas que caminan de aquí para allá con la camiseta de la Selección Colombia y raperos que componen estrofas instantáneas ofreciendo un show macondiano de nuestra era a los miles de turistas que visitan el centro amurallado, llegaron a la playa de la Boquilla a la sexta sesión, en la que se produciría la escena de una fiesta y en la que los jóvenes comenzaron a darse cuenta de que, así fuera por un día, podían ser los protagonistas de su propia vida. De su propio video.

En la sexta sesión, Cristian, Samir e Isaac navegaron el río Manzanares en compañía de Natalia Reyes, la actriz que interpretó a Leidy, la vendedora de Rosas, y quien ahora tiene un papel protagónico en Terminator 6. Entre manglares, bordeando la Ciénaga de la Virgen, volvieron a cantar la canción que ellos mismos compusieron haciendo énfasis en la estrofa que habla de que es posible cambiar el mundo.

Quizás, cuando llegaron a tierra firme, la pobreza de ese muelle los llevó de vuelta a la realidad y les recordó que hacen parte de los cuarenta mil cartageneros que viven con menos de un dólar al día. Y es que es verdad que navegar con una actriz no le va a cambiar la vida a nadie ni con esto van a cambiar ningún mundo. No le va a pagar la deuda a Kevin y, cuando en la noche Samir llegue

la adrenalina que les hace falta, y se den cuenta de que cuando se está en la buena termina uno hasta cantando al lado de la protagonista de la novela. Quizás Isaac continúe con la idea de ser productor audiovisual y, entonces, todo habrá valido la pena.

El concierto

¿Cómo terminar este proceso? ¿En dónde hacer la escena del concierto que aparece en casi todos los videoclips? ¿Qué público podría entender mejor que a los que están en la tarima les tocó seguirle la disciplina a un rodaje, dejar de trabajar, aguantarse la abstinencia y no caer en las tentaciones que podían solucionar sus problemas más próximos?

Con el apoyo del ICBF, la Fundación Talid y la Fundación Hogares Claret -operador de Asomenores- se gestionó que fuera el CAE de Turbaco el lugar para la presentación. Ahí, donde más de cien menores, llamados infractores de la ley, luchan día a día por entender por qué les tocó pelear una guerra que no era la suya. La guerra de la indiferencia, la supervivencia, el abandono.

Charles King y Louis Towers, quienes tanto han caminado esos barrios marginales, y eso sumado al folclor y la alegría que se respira en la Ciudad Heroica y que ha sido la inspiración de sus canciones, quisieron también sumarse a la fiesta.

Previo a la presentación, Cristian Arévalo, de Claret, reunió en un salón a los once jóvenes artistas y para evitar alguna riña o altercado les preguntó si alguno tenía algún problema pendiente con los muchachos reclusos. “Puede que sí, puede que no, mi hermano” -contestó Cristian con su mezcla de desfachatez y sinceridad-, “pero nosotros venimos aquí a otra cosa, nosotros venimos a demostrarles que sí se puede estar en paz con uno mismo”.

Con esa consigna salieron para la cancha. Con su palabra como único salvoconducto. Hubo miradas, saludos, abrazos, preguntas y recuerdos. Hubo cantos, aplausos y baile. Hubo música y champeta para volver a confiar.

a su casa, a pesar de haber sido la voz principal, otra vez va a tener que esperar a que coman sus hermanitos a ver si de las sobras él se puede echar algo al estómago.

Pero quizás mañana cuando se levanten y piensen en qué hacer para sobrevivir se den cuenta de que drogarse o pelear a cuchillo y piedra bajo la lluvia no es la única forma que existe para llenar los vacíos de sus vidas. Quizás, después de grabar un video, sin saberlo sientan que su cerebro generó la dopamina suficiente para obtener

Vea el videoclip en elobservadornoticias.com





Transformar basura

Sus amigos conocen a Andrea Defrancisco como 'Andrea Latas', y ese sobrenombre dice mucho de ella. Con su trabajo ha demostrado la relación profunda que existe entre el arte y el cuidado del medio ambiente.

Por Juliana Arévalo y Valeria Pillimue*

Desde niña ha mostrado un gran interés por el medio ambiente, aquel que día a día se ve afectado por nuestras malas decisiones. De joven, su familia la tachaba como "la oveja negra", porque eso de casarse, tener hijos y conseguir un alto rango en una empresa no fueron nunca sus objetivos. En contravía de eso, su propósito de vida era reconstruir el lugar en el que vivimos.

Aunque nunca ha estado de acuerdo con el sistema educativo terminó siendo profesora de un grupo de jóvenes que se iniciaban en la música. Al notar que los chicos no contaban con instrumentos musicales y ella no tenía los recursos necesarios para comprarlos —el precio no bajaba de 200.000 pesos—, decidió crear herramientas propias a partir de basura, lo que se convirtió en su principal materia prima. Inspirada por esta experiencia, Andrea creó una banda musical llamada Latin Latas. Todo comenzó en 2011 y desde entonces la agrupación viaja por el mundo llevando su arte.

Actualmente, Andrea dicta talleres y charlas a jóvenes, empresas y personas interesadas en la relación entre la música y el reciclaje. Enseña sobre lutería (reparar o inventar instrumentos) y sobre cómo es posible cambiar nuestra forma de vida para contribuir al cuidado del medio ambiente. Los jóvenes que asisten a los talleres que se llevan a cabo en la Casa Cultural Latin Latas aman la música y paso a paso están comenzado a transformar sus vidas, emocionados por cada cosa que aprenden en este espacio.

* Estudiantes Taller de periodismo, Tiempo de Juego



El arte de las segundas oportunidades

La palabra de la vida de Johana Bahamón es "oportunidad". Y es así como las niñas del Hogar Femenino Ipsicol se refieren a esta actriz y emprendedora social, quien, por medio de las artes, les ha mostrado que una nueva visión de la vida es posible.

Por Laura Díaz*

Cuando Johana visitó la primera cárcel hace seis años no imaginó que a partir de ese momento no iba a querer salir de ahí nunca más. Y mucho menos que iba a lograr impactar profundamente la vida de miles de personas.

Mediante la Fundación Acción Interna, Fundación que creó inspirada por esa visita, Johana les brinda a las personas que están privadas de su libertad experiencias que a través del arte, la gastronomía y el teatro representan para ellas una segunda oportunidad. Ese es el mensaje que lleva a cada espacio al que va y que ha decidido tomar como suyo propio, creyendo siempre en aquellos que un día cometieron un error y que hoy lo quieren resarcir.

Quienes hemos tenido la fortuna de acompañarla a una cárcel hemos visto cómo se transforma cuando entra al lugar. Cómo se convierte en la amiga de todos y en la opción para volver a comenzar. Parece como si en alguna vida pasada hubiera estado interna.

Lo que pocos saben es que el trabajo de Johana ya no está solo en las cárceles. Gracias a su esfuerzo y dedicación, ha logrado sacar adelante diferentes proyectos en varios centros de internamiento donde ahora menores privados de la libertad también se dan cuenta de que tienen toda una vida por delante y sueños por los que luchar.

Cuando la acompañé a dictar algunos talleres en el Hogar Femenino Ipsicol me di cuenta de que además las niñas sienten que alguien se preocupa por ellas. Y muchas veces amor es lo que realmente les falta.

La vida de Johana gira alrededor de su Fundación, de la cual es directora. Es una mujer ejemplar, una líder que trata de cambiar la sociedad desde el interior de una cárcel. Todos los días se levanta feliz de poder tener un nuevo día para transformar la vida de personas que esperan la visita de Johana para que las ilumine con el arte detrás de las rejas.

* Gestora Colectivo de comunicaciones, Tiempo de Juego

Fotografía, Laura Díaz

Fotografía, Camilo Forero



El embajador de La Popa

Ariel Valdez produce sueños a través de la música. Y póngale atención a su nota porque de esos como él es de los que necesita el país para reconciliarse.

Por redacción El Observador

Fotografía, Cristian Rojas

Ser productor musical en Colombia no es una tarea fácil. Y se hace más complejo cuando se vive en uno de esos barrios de la Cartagena marginada. Pero no crea, no todo juega en su contra. Es precisamente ahí donde el talento y el sabor corren por las venas de sus habitantes. Esa puede ser la historia de Ariel Valdez, un joven de 23 años que desde el barrio Pablo Sexto en las faldas de La Popa entendió que la música era la mejor excusa para ofrecerles a los muchachos una oportunidad. Un chance.

Ariel los motivó a componer canciones que hablaran de sus vidas y de sus frustraciones, pero también de lo que querían ser y de sus sueños. Y, mientras lo hacían, ya los estaban cumpliendo. Solo faltaba producirlas, mezclarlas, convertirlas en videos. No tenían los recursos pero no era el momento de parar. Ya había logrado lo más difícil: reunir a jóvenes que antes peleaban por fronteras invisibles o barras bravas y que ahora solo querían cantar.

Entonces Ariel se postuló a un concurso de buenas ideas en la Cámara de Comercio y su proyecto de trabajar con los jóvenes por medio de la música obtuvo el sexto puesto. Pero esta vez, por lo que otorgaba el premio, era como si hubiera subido al podio, pues obtuvo los recursos para montar un estudio de grabación en su barrio. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

Pero ahí no terminaron las buenas noticias ni la recompensa por su trabajo. Las cosas podían salir mejor. El programa Alianzas para la Reconciliación de USAID Y ACIDI/VOCA lo declaró Embajador de la Reconciliación, lo que significaba apoyarlo para que su mensaje llegara más lejos y sonara más duro.

Hoy Ariel va por los barrios, los colegios y los centros de internamiento de Cartagena con un mensaje de reconciliación. Tiene un taller lúdico con su grupo Barrio Fino que incluye experiencias de vida y hasta concierto con canciones que pronto saldrán al mercado. Cantando, va Ariel por la vida empoderando a los jóvenes por medio de la música. Demostrándoles que pueden confiar en ellos mismos y en los del barrio vecino que antes eran sus enemigos.



De Bosa a Nueva York

La historia del diseñador colombiano Christian Colorado es tan particular como fascinante, pues pasó de ser un ciudadano que se guerrea la vida en la localidad de Bosa, a estar en las pasarelas de Nueva York, codeándose con los diseñadores más importantes del mundo.

Por Luisa Reyes*

Fotografía, Juan Otero

La vida de este fenómeno del diseño podría ser contada cronológicamente, y podríamos decir lo que ya muchos han dicho: que su mamá lo abandonó cuando niño, que a los 13 años fue a buscarla y la encontró, que fue alcohólico y vendedor ambulante, que un día decidió dejar todo eso y estudiar diseño de modas en el Sena, que a los 3 días de publicar su primera colección en Instagram lo llamó Maluma y que una cosa llevó a la otra hasta que llegó a las pasarelas de la semana de la moda de Nueva York.

Pero preferimos contarles algunas de las cosas que lo hacen único y especial. Como por ejemplo, que su caricatura favorita es Bob Esponja, y que, a punta de esfuerzo logró ser el diseñador de la pasarela de Nickelodeon en Colombiamoda 2017, para la que usó a la esponja amarilla como inspiración.

O contarles que es fanático de Britney Spears, tiene todos sus discos y casi siempre usa una camiseta con la cara de esa artista, gracias a la cual aprendió a hablar inglés, pues tal era su fascinación por ella, que para entender sus canciones se dedicó a aprender su idioma.

O hablar de su nobleza con 3 ejemplos: uno, casi se retira de estudiar porque quería dedicarse a ayudar a la gente de la calle, hasta que entendió que tener una carrera le permitiría ayudarlos mejor. Dos, tiene calaveras por todas partes, en las paredes, en sus cajones, en su escritorio, pues quiere tener siempre presente que nadie es más que nadie, que al final todos somos lo mismo: humanos con los días contados. Y tres, siempre dice: "Podré salir de Bosa, pero Bosa nunca saldrá de mí".

Un último dato: el 7 es su número de la suerte. Todas, absolutamente todas sus colecciones tienen este número de alguna u otra forma. El 7 está tatuado en su garganta, pero tiene 26 tatuajes más, entre ellos 9 diamantes, uno por cada año que pasa sin tomar. Este año se cumple el #10, pero no ha podido ir a tatuarse porque está muy ocupado en la semana de la moda de Nueva York, a donde fue invitado por tercera vez consecutiva, a cumplir un sueño del que pide que por favor no lo vayan a despertar.

* Editora de El Observador

Cuatro Fantásticos

Ariel Valdez desde el barrio Pablo Sexto en Cartagena con la música; Johana Bahamón con el teatro desde alguna cárcel del país; Christian Colorado con el diseño de modas desde Bosa o Nueva York, y Andrea Latas con el reciclaje desde el barrio la Soledad o algún basurero de Bogotá son cuatro colombianos que demuestran el enorme poder que tiene el arte para promover el desarrollo y transformar la sociedad. Ellos son inspiración y ejemplo para miles de jóvenes.

La danza del encuentro

En el salón comunal Alfredo Castañeda del barrio Julio Rincón en Cazucá, aún retumba el mensaje que dejó grabado la compañía Cleo Parker Robinson Dance en su visita desde Denver, Colorado. Ese que demuestra que las artes son un poderoso punto de encuentro y reconciliación.

Por Esteban Reyes*

Los desafíos para superar la violencia se pueden solventar en una pista de baile, bajo la comunión casi mística que produce el movimiento de los cuerpos y la euforia de la música.

Hace cinco décadas, en Norteamérica, los líderes anti-segregacionistas de la comunidad negra nos dieron una lección de humanidad que aún nos estremece. Nos enseñaron que las injusticias sociales —y las formas de violencia que le son inherentes— se pueden combatir de forma contundente con la fuerza del amor. En medio de las tensiones raciales que azotaban a los Estados Unidos, el movimiento de resistencia pacífica se levantaba como una flor en medio del desierto. Contra los golpes que recibían los negros por sentarse en las barras de los restaurantes que les estaban vetados, su única respuesta fue una sonrisa. Y en ese gesto de dignidad y humanidad, la lucha por la igualdad comenzó a cobrar fuerza.

En medio de esa tensión, Cleo Parker creció en Denver, dividida entre dos mundos antagónicos a los que solo unía el lenguaje de las artes: su padre era un actor negro y su madre una cantante blanca. Crecer en esa tensión no fue fácil para ella, y sus anhelos de conjugar lo mejor de los dos mundos se vieron brutalmente derrumbados el 4 de abril de 1968, cuando el Dr. Martin Luther King, el mayor bastión de la lucha no violenta en su país, fue asesinado en Memphis. Ese día, en medio de las lágrimas, la madre de Cleo le dijo que debía escoger un bando, con los negros o con los blancos. Porque no había punto de encuentro entre dos realidades violentamente enfrentadas. Entre una raza negra oprimida y explotada y una raza blanca opresora e insensible.

Pero ella se negó y decidió ser ambos. Y pelear el resto de su vida por esa opción, usando el lenguaje de las artes que le habían legado sus padres como punto de encuentro y espacio de reconciliación.

Su mensaje retoma con fuerza las enseñanzas del Dr. Luther King y es una lección esencial y absolutamente vigente en nuestro país. Los desafíos que enfrentamos como sociedad para superar la violencia y generar espacios de encuentro entre los bandos que hemos asumido por inercia durante tantas décadas, bien se pueden solventar en una pista de baile, bajo la comunión casi mística que produce el movimiento de los cuerpos y la euforia de la música.

Por eso, aún retumba en los muros del salón Alfredo Castañeda, en el barrio Julio Rincón de Cazucá, el ritmo acompasado de los nueve bailarines afroamericanos de la compañía Cleo Parker Robinson Dance, que el pasado

14 de mayo desplegaron toda la magia de sus cuerpos en movimiento e hicieron que el salón comunal se elevara, durante unos minutos y de forma casi imperceptible, unos cuantos centímetros por encima de la tierra.

Llegaron a Colombia invitados por el Dr. Harvey Milkman, el gran teórico internacional de la “embriaguez natural”, quien visitó Cazucá en noviembre de 2018 y vio en los chicos de la Escuela de Baile Natalia Moreno una manifestación muy clara de lo que él había venido estudiando y explicando durante años: que el éxtasis maravilloso de las artes irriga el cerebro juvenil con dopamina, y que por esa vía sustituye la necesidad de producir esos efectos de forma artificial, acudiendo a otro tipo de estimulantes.

Ante su llamado, y con absoluta generosidad, Cleo y los bailarines de su compañía decidieron tomar un vuelo desde Denver y venir a Cazucá a bailar y compartir. Y bajo el sonido de la “danza de la lluvia” llenaron de ritmo el espacio y les permitieron a los chicos de Tiempo de Juego transportarse a un lugar imaginario donde no hay cadenas ni limitaciones.

Cleo Parker creó su compañía de baile —que es a su vez una fundación— hace cuarenta y cuatro años para convocar a jóvenes negros de todos los Estados Unidos, oprimidos y olvidados, y subirlos a los grandes escenarios en teatros frecuentados por los blancos, dejando que el baile operara la magia del encuentro. Esa ha sido su lucha a lo largo de los años. Enaltecer la cultura afroamericana y brindar a los jóvenes un espacio para la excelencia a través de la expresión cultural.

Y ese mensaje de esperanza y de fortaleza quedó grabado en aquel salón comunal de Cazucá, donde los chicos de la Escuela de Baile Natalia Moreno afinan sus coreografías para develar con ellas sus anhelos más profundos. Allí, en las tardes, Brayan Andrés Martínez Ahuanari, gestor comunitario de Tiempo de Juego, convoca a decenas de jóvenes y los introduce a las posibilidades expresivas del movimiento. Allí, por tanto, chicos y chicas de todo Cazucá han encontrado en la danza un lenguaje maravilloso para expresar sus necesidades, para romper las barreras arbitrarias que la realidad ha querido imponerles.

* Director Ejecutivo de Tiempo de Juego

The Dance of the Encounter

In the Alfredo Castañeda community hall, in Soacha's Julio Rincón neighbourhood, the message that the company Cleo Parker Robinson Dance left deeply etched during their visit from Denver, Colorado, still resounds.

By Esteban Reyes*

Five decades ago, in North America, the anti-segregationist leaders of the black community gave us a lesson in humanity that still shakes us. They taught us that social injustices —and the forms of violence inherent in them— can be fought convincingly with the power of love. Amid the racial tensions that plagued the United States, the non-violent resistance movement rose like a flower in the middle of the desert. Against the blows that black people were receiving for sitting at the bars of restaurants that had banned them, their only response was a smile. And it was with this gesture of dignity and humanity that the struggle for equality began to gain momentum.

Amid this tension, Cleo Parker grew up in Denver, divided between two opposing worlds, united only by the language of the arts: her father was a black actor and her mother a white singer. Growing up surrounded by that kind of tension was not easy for her, and her dreams of bringing together the best of both worlds were brutally shattered on April 4th, 1968, when Dr. Martin Luther King, the largest bastion of the non-violent struggle in her country, was assassinated in Memphis. That day, amidst the tears, Cleo's mother told her that she should pick a side, with the blacks or with the whites. Because there was no meeting point between two realities so violently opposed; between an oppressed and exploited black race and an oppressive and uncaring white race.

But she refused and decided to be both and to fight the rest of her life for that option, using the language of the arts that her parents had endowed her as a meeting point and a space for reconciliation.

Her message takes up, with force, the teachings of Dr. Luther King and is an essential and absolutely valid lesson in our country. The challenges that we face as a society to overcome violence and create spaces of discussion between the sides that we have assumed by inertia for so many decades, can be well solved on a dance floor, under the almost mystic communion produced by the movement of bodies and the euphoria of music.

As a result, the impeccable rhythm of the nine African American dancers from Cleo Parker Robinson Dance company still resounds in the walls of the Alfredo Castañeda hall, in Soacha's Julio Rincón neighborhood. On 14th May, they unfurled all the magic of their bodies in

movement and, for a few minutes and almost imperceptibly, raised the communal hall a few centimetres above the ground.

They came to Colombia on the invitation of Dr. Harvey Milkman, the great international theoretician of “natural highs”, who visited Cazucá in November 2018 and saw in the children of the Natalia Moreno Dance School a very clear manifestation of what he had been studying and explaining for years: that the astounding joy of the arts supplies the juvenile brain with dopamine, and that in this way, it substitutes the need to produce these effects artificially and resort to other types of stimulants.

At his call, and with absolute generosity, Cleo and the dancers from her company decided to take a flight from Denver and come to Cazucá to dance and share. And under the sound of the “rain dance,” they filled the space with a rhythm that allowed the children from Tiempo de Juego to transport themselves to an imaginary place where there are no chains or limitations.

Cleo Parker created her dance company —which is, in turn, a foundation— 44 years ago to bring together young black people from all over the United States, oppressed and forgotten, and put them on the great stages of the theatres frequented by white people, letting dance work the magic of the encounter. That has been her struggle over the years: to elevate African American culture and provide young people with a space for excellence through cultural expression.

And that message of hope and strength was engraved in that community hall in Cazucá, where the children of the Natalia Moreno Dance School refine their choreography so that they may reveal to them their deepest desires. There, in the afternoons, Brayan Andrés Martínez Ahuanari, one of Tiempo de Juego's community managers, brings together dozens of young people and introduces them to the expressive possibilities of movement. And so, there, boys and girls from over Cazucá have found in dance a wonderful language with which to express their needs and to break the arbitrary barriers that reality has wanted to impose on them.

* Executive Director of Tiempo de Juego

Fotografía, Cristian Cuellar

The challenges to overcome violence can be resolved on a dance floor, under the almost mystic communion produced by the movement of bodies and the euphoria of music.





El tesoro del saber

Por Cristian Rojas*

En El Observador decidimos hablar sobre el poder de las personas mayores, porque a ellos también queremos mirarlos con otros ojos. Unos que reconozcan su relevancia y su papel activo dentro de nuestras comunidades, que enaltezcan sus capacidades y su invaluable conocimiento.

En medio de esta búsqueda nos encontramos con Thomas Kamber, activista social, originario de Nueva York y fundador de Older Adults Technology Services (OATS). Durante catorce años esta organización ha usado la tecnología para empoderar a cerca de 100.000 adultos mayores, y con esto ha demostrado que el envejecer es una gran oportunidad para crear cosas nuevas. Hablamos con él y nos contó sobre su importante labor.

¿Cómo nace OATS?

Hace quince años yo era reconocido como un activista social y llevaba proyectos con comunidades en la ciudad de New York. En ese entonces trabajaba en el bajo Manhattan, en donde ocurrió el evento del 9/11, y justo para esa fecha estábamos lanzando un nuevo portal web. De repente una mujer adulta se me acercó y me dijo que quería participar, pero ella no tenía ni idea de usar internet, y allí empecé a enseñarle de forma voluntaria.

¿Qué tal les fue?

Desde el inicio me fascinó el impacto que se generaba a la hora de enseñarle a una persona mayor las herramientas de internet y de la tecnología, porque además de serle de gran utilidad a ella, la señora demostraba una gran pasión y curiosidad. Allí nació la idea de crear OATS, un espacio para entrenar a personas mayores en temas de tecnología.

¿Y cómo funciona este proceso? Porque entendemos que OATS utiliza la tecnología como herramienta, pero no es su fin.

Cuando empezamos teníamos la idea de utilizar la tecnología como área de estudio, pero con el tiempo notamos que no nos estábamos haciendo expertos en tecnología, sino en los procesos de aprendizaje de las personas mayores en el uso de esta.

Entonces nos enfocamos en los resultados que estábamos obteniendo y así empezamos a trabajar en cinco áreas de impacto: conexión social, salud y bienestar, seguridad financiera, participación cívica y creatividad. Cada una de estas áreas utiliza la tecnología para generar un impacto real en donde los adultos puedan convertirse en personas exitosas e independientes. Es así como cada persona mayor que ingresa a este programa se reactiva dentro de los procesos de la sociedad y nos hace ver las múltiples capacidades de creación de las cuales pueden hacer parte.

¿Cuál es el impacto que ha tenido?

En el 2004 iniciamos con una pequeña oficina en Brooklyn; ahora estamos en seis estados de los Estados Unidos, enseñando en cien lugares en simultánea, siempre intentando crear nuevos servicios para adultos ma-

yores, lo que nos ha permitido llegar a más población alrededor del país.

¿Cómo se convierte OATS en un modelo de Emprendimiento Social que se ha replicado en diferentes escenarios de los Estados Unidos?

Iniciar como voluntario enseñándole a una persona mayor me hizo ver que podía generar un impacto en el mundo. Entonces decidí lanzar OATS y en ese proceso me asesoré y me di cuenta de que eso requería no solo de tener la idea sino además de construir una misión, visión y buscar recursos para hacerlo autosostenible. Se trataba de una empresa nueva, pero con un objetivo social. En ese momento todavía no se hablaba de Emprendimiento Social en Estados Unidos, pero años después, cuando surgió ese tema, notamos que eso era lo que yo ya hacía.

Entonces trabajaba en la Universidad de Columbia en Nueva York y me pidieron que lanzara una clase para enseñarles a estudiantes los procesos e investigaciones que hicimos en la creación de OATS, para que así los alumnos pudieran aplicar ese conocimiento en sus propios contextos.

Suele decirse que los adultos mayores pasan de ser independientes a depender de los más jóvenes, y es frecuente apartarlos de las labores productivas de la sociedad, **¿por qué es importante apostarle al trabajo con esta población?**

Yo siempre digo que, si quieres cambiar el mundo, casi toda la acción está ocurriendo en el campo del envejecimiento. Los seres humanos solían vivir hasta los sesenta y hemos creado un mundo alrededor de esos años, pero luego vivimos un 20% más, entonces allí hay un campo totalmente abierto para crear cosas nuevas, en donde se pueden hacer las cosas correctas, porque ya hemos tenido una vida bastante larga llena de preocupaciones, problemas y errores.

* Coordinador del Colectivo de comunicaciones de Tiempo de Juego

Thomas Kamber visitará Colombia en el marco del foro "Tercer Tiempo, envejecer con actitud", organizado por las fundaciones Arturo & Enrica Sesana y Tiempo de Juego. El evento se llevará a cabo el próximo 17 de octubre.



The Treasure of Knowledge

By Cristian Rojas*

In El Observador we decided to talk about the power of older people, because we also wanted to see them through different eyes. Ones that recognize their relevance and active role inside our communities, which praise their abilities and invaluable knowledge.

In the middle of this quest is Thomas Kamber, a social activist from New York and founder of Older Adults Technology Services (OATS). For 14 years, this organization has used technology to empower nearly 100,000 older people, demonstrating that aging is a great opportunity to create new things. We talked to him and he told us about his important work.

How did OATS come to be?

15 years ago, I was known as a social activist and ran projects with communities in New York. Back then, I was working in Lower Manhattan, where 9/11 took place, and just at that time we were launching a new website. Suddenly an older woman approached me and told me that she wanted to participate, but she had no idea how to use the Internet, and with that, I began teaching her voluntarily.

How did it go?

I have always been fascinated by the impact created by teaching an elder learner about the tools of the Internet and technology, because as well as being of great use to her, the lady showed a great passion and curiosity. That's where the idea to create OATS was born, a space in which to train older people in the issue of technology.

And how does this process work? Because we understand that OATS uses technology as a tool, not as an end.

When we first started, we had the idea of using technology as an area of study, but over time, we realized that we were not becoming experts in technology but in the learning processes of older people.

So, we focused on the results we were getting and, from there, we began to work on five impact areas: social connection, health and wellbeing, financial security, civic engagement and creativity. Every one of these areas uses technology as a way to create a real impact, from which adults can become successful and independent individuals. This is how each older person who enters this programme is brought back into the processes of society, and this allow us to see the many capacities of creation of which they can be a part.

What impact has the program had?

In 2004, we started with a small office in Brooklyn; now we are in 6 states in the U.S., teaching in 100 locations simultaneously, always trying to create new services for older people, which has allowed us to reach more people around the country.

How has OATS become a model of Social Entrepreneurship that has been replicated in different scenarios in the United States?

Beginning as a volunteer teaching an older person made me see that I could have an impact on the world. So I decided to create OATS and during that process, I took advice and realized that it would require not only having the idea but also building a mission, a vision and looking for resources to make it self-sustainable. It was a new company, but with a social objective. At that time, there was still no talk of social entrepreneurship in the United States, but years later, when that topic came up, we realized that was what I was already doing.

I was working, then, at Columbia University in New York and was asked to set up a class to teach students the processes and research we carried out during the creation of OATS, so that the students could apply that knowledge within their own contexts.

It's often said that elder people go from being independent to depending on younger generations, and tend to move away from the productive tasks of society. **Why is it important to put effort into working with this sector of society?**

I always say that if you want to change the world, almost all the action is happening in the field of aging. Human beings usually live into their 60s and we have created a world centred around those years, but now we live 20% longer than before, and so there is a field completely open to creating new things, where things can be done right, because we have already had a fairly long life full of worries, problems and mistakes.

* Coordinator of Tiempo de Juego's Communications Collective.

Thomas Kamber will visit Colombia within the framework of the forum "Tercer Tiempo, envejecer con actitud", organized by Arturo & Enrica Sesana Foundation and Tiempo de Juego Foundation. The event will take place this coming 17th October.



Envejecer en...

Todos, en algún momento de nuestras vidas, hemos imaginado cómo será nuestra vejez. Invitamos a tres reconocidos escritores colombianos a que compartieran esas visiones de su futuro, en la ciudad, junto al mar y en el campo.

Gonzalo Mallarino, bogotano de nacimiento y corazón, nos habla de los magnolios, mirtos y granizo de la capital. Fernando Quiroz, quien desde hace unos meses vive en Santa Marta, imagina días de sosiego que traen consigo las olas. Y

Margarita Posada, por sus largas temporadas en las afueras de Bogotá, añora encontrarse de nuevo con el pájaro carpintero que le mostró que su lugar siempre estará en las palabras.

... la ciudad

Por **Gonzalo Mallarino**, escritor

Otoño en Bogotá

He cumplido sesenta años. No creí que eso fuera posible. En la infancia y la juventud somos inmortales. Vi envejecer a mis padres, y los vi morir. El dolor fue terrible. Una constatación terrible. Y ahora yo empiezo a caminar por la alameda de mi propia vejez. Apenas empiezo, pero siento el viento de Bogotá más claro a veces, y miro el sol en las flores de los alcaparros y las azaleas y nunca me parecieron más bellas. De repente todo esto es una epifanía.

No me quiero morir. Quiero besar más a Carmen y a mis hijos. Y a sus hijos cuando lleguen. Quiero respirar más el aire de los parques de Bogotá. El pasto recién cortado, la tierra oscura alrededor de los mirtos y las eugenias, la neblina que moja las acacias y empapa el raso de las flores de los magnolios.

Quiero escribir más. ¿Cuántas novelas me quedan entre las tripas? ¿Seré capaz de sacarlas de ahí, de las vísceras, y traerlas hasta las yemas de los dedos y escribirlas? ¿Podré seguir escribiendo sobre Bogotá? ¿Podré ir todavía tras sus mujeres y sus lágrimas y sus paraísos?

Ojalá que sí. Si están la voz y las manos de los que amo. Y si está Bogotá en torno a mí y me habla y me abraza reconociéndome, recordándome un poco. En-

tonces sí. Sí podré escribir, en tanto que el tiempo me inclina la cabeza. Y los pasos son más quedos. Y el granizo me enfría ya las coyunturas y cae sobre mis cejas.

“Porque no espero volver otra vez”, no espero volver a los años anteriores, no los echo en falta, no tengo la ambición de recuperarlos. Estoy conforme. Puedo beber todavía con sed el agua fresca en los ríos que son los seres que pasan a mi lado, que surcan el mundo a mi lado. Su risa me llena el corazón y los ojos de luz.

“En consecuencia, me regocijo”, me lleno de mansedumbre y de cierta tristeza creadora. Y estoy a paz y salvo. Aún delante de la oscuridad y de la injusticia y de la vesania. Porque sé que estamos luchando con las manos crispadas y los brazos resueltos. Y eso me da la esperanza.

Si es así, quiero envejecer frente a las manchas de humedad en las paredes de las tapias, caminando por los andenes resquebrajados, viendo caer vencidos los últimos urapanes de mis recuerdos.

Mientras yo, anciano, y mientras todos los ancianos de Bogotá, tengamos la ilusión del pan tibio y de la madera dulce para labrar, seguiremos vivos y cantando. Y nuestra memoria será el camino de todos hacia el futuro.

Ilustraciones, **Fiorella Ferroni**



... el mar

Por **Fernando Quiroz**, escritor

Fundirse con el mar

De vuelta a la sencillez, cuando sobren títulos y brillos, adornos y marquillas, famas y adjetivos, procuraré tener una silla cómoda para contemplar el mar. La inquietud de los años juveniles habrá encontrado sosiego. La ansiedad de aquella época en la que recorría de prisa casi todos los caminos será apenas un recuerdo de la inutilidad de ciertas emociones. La bulla de otros tiempos —las trompetas del estadio, las palmas de los cantaores de flamenco en aquel bar de la calle de la Cava Baja, el timbre de los teléfonos, los aplausos que no siempre fueron mercedos y el acento de mi propia voz tratando de llamar la atención entre el éxtasis de la multitud— le dará paso al golpe de las olas cuando terminan su largo recorrido en la orilla. El miércoles sonarán igual que el martes, y el martes, igual que el lunes. Pero desde el comienzo de los días de mi retiro habré comprobado que el sonido de las olas no cansa. Que arrulla. Que acompaña. Y poco a poco se irá convirtiendo en la banda sonora de una vida en la que entonces habrá mucho más para recordar que para vivir.

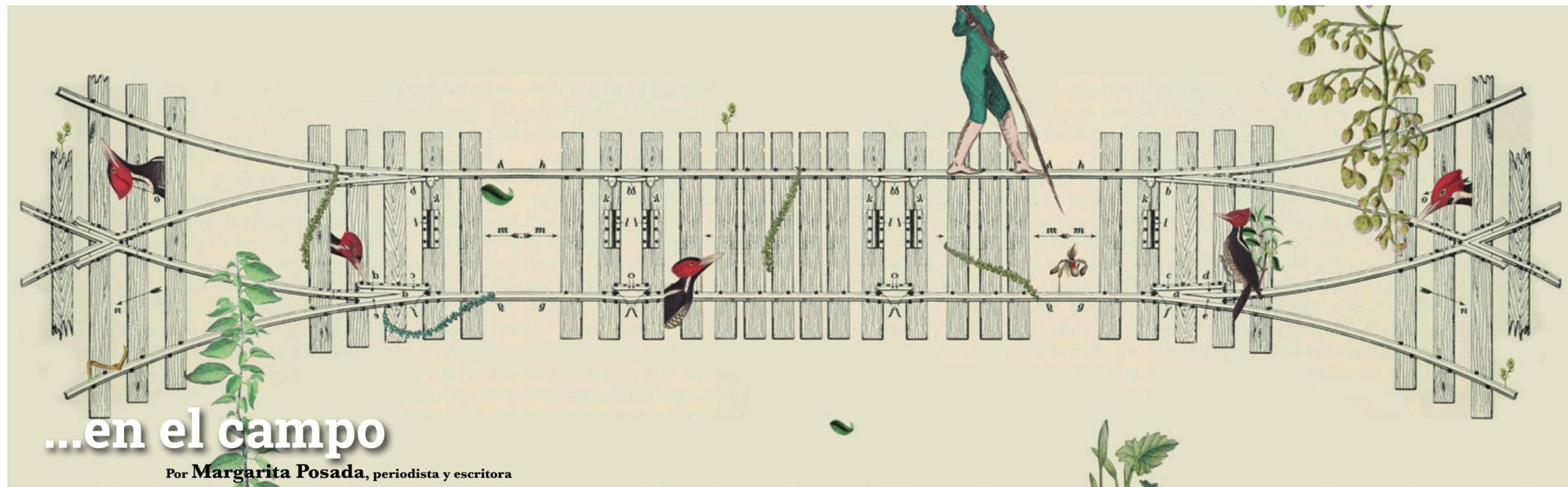
Convencido de que no hay rutina en la contemplación del mar, lo convertiré en mi entretenimiento de los días por venir, que entonces serán más largos que aquellos que tantas veces padecí mientras la vida era una apuesta por la mejor forma de sobrevivir. Días que vivían del afán y de la angustia. Días que no alcanzaban para tantas diligencias inútiles, para tantas vueltas a la redonda, para tantas mentiras que la era consumista nos ha ido convirtiendo en verdades.

El mar sin duda me ayudará a recuperar buena parte

del tiempo perdido. Y la ecuación será fascinante: recuperarlo para perderlo de nuevo, para perderlo sin culpa, para perderlo en tantas actividades que para el mundo de las marcas y de los horarios apretados y de las relaciones costo beneficio será eso precisamente: una pérdida. Una pérdida de tiempo la poesía, una pérdida de tiempo la pensadera, una pérdida de tiempo la contemplación... que es, por cierto, la más bella forma de la poesía (porque, ¿quién dijo que la poesía requiere de las palabras escritas para existir, de la tinta convertida en letras de molde?, ¿quién dijo que el mar no es, en sí, uno de los más hermosos y profundos poemas jamás escrito en alguna de las lenguas posibles?).

Perder el tiempo a mi manera, sí. Perderlo al lado del más grande poema: ese será uno de los privilegios y de los encantos de envejecer frente al mar. Perderlo para mirar al infinito sin la obligación de hacer un reporte sobre aquello que veo. Perderlo para cerrar los ojos y escuchar la sinfonía de las olas.

Muy pronto habré encontrado una sorprendente similitud entre la piel de las ballenas y el brillo que adorna al océano a media tarde en los días de sol intenso. Habré explorado con ojos renovados las rocas que se erigen como islotes desiertos. Habré construido una teoría sobre la forma en que los alcatraces descienden del cielo en busca de su alimento en el mar. Y el día ineludible, cuando finalmente deba verle la cara a la muerte, cerraré los ojos como tantas veces y pensaré que le entrego al mar mi cuerpo, que me fundo con el agua que me arrulló en los últimos años. Y que me hizo feliz.



Dos cosas se me cruzan por la cabeza cuando pienso en envejecer en el campo: la primera, que ya estoy envejeciendo. La segunda, que ya he pasado temporadas largas en el campo buscando ese remanso de paz que la ciudad no me da.

Sé, por esa experiencia reciente de haber estado en el campo, que la vejez se llena solamente con el mundo interior que uno se dedique a cultivar en sus años mozos. Quisiera tener tantos nietos y tantos oficios como los que tienen mi papá y mi mamá, que ya están viejos y ya viven en el campo. Pero como ni siquiera tengo hijos, creo que así como el mundo interior de mi papá son la música y la construcción de instrumentos, el mío son la lectura, la escritura y caminar. Es allí donde verdaderamente me pienso refugiar, más allá del lugar geográfico en el que me toque en suerte envejecer. Desearía, eso sí, poder establecer una relación más profunda con la naturaleza, y aprender a jardinear como lo hacía mi abuela con sus anturios y sus orquídeas.

Las personas que sufrimos de depresión probamos sin querer un poco de vejez anticipada. La vida se des-acelera, el tiempo cobra su verdadera dimensión. Las cosas chiquitas que de jóvenes damos por sentadas, pasan a ser grandes placeres, bendiciones inmensas. Por eso traigo a colación un aparte del libro que publicaré en un par de semanas en donde hablo de una de las bendiciones más subvaloradas por el ser humano: caminar. Los dejo con ese aparte del libro que espero recordar cuando sea vieja y mis paseos a la carrilera sean mucho más cortos que esos que hice para sobrellevar la depresión. De vieja solo añoro volver a encontrarme con ese pájaro carpintero que me mostró que, adonde quiera que vaya, mi lugar será siempre el de las palabras:

“Así como Murakami explica de qué habla cuando habla de correr, la lectura de Walser me ha llevado a en-

tender en qué pienso cuando pienso en caminar. Algo profundamente químico tiene que suceder, sin duda, para que el solo hecho de ponerte a caminar aclare o despeje tu mente. Siempre he sentido que mientras pueda echarme a andar estaré a salvo de esas ideas sombrías que me nublan el pensamiento. No dejaré de echarme a andar, de darle vueltas a la carrilera que rodea mi finca sin otro propósito que respirar de otro modo una vez haya acabado el paseo. Ese tipo de paseos parecen no cambiar nada, pero hacen que algo cambie.

Todas las tardes me he propuesto salir a dar una vuelta alrededor de la finca que, caminando a paso normal toma diez minutos. La distancia y el tiempo son dos variables que cambian por completo cuando uno ya conoce la depresión. A fuerza de querer evadir un dolor, muchos dolores, a fuerza de dejar el dedo en la llaga haciendo la que no es conmigo, he aprendido que, no importa cuántas veces oprimamos el botón de un elevador para que llegue, no importa con cuánta concentración mire el café que estás calentando en el microondas para que el tiempo se consuma más rápido, el tiempo no va a dejar de andar a la velocidad que acordamos que era una hora, un minuto, un segundo. El tiempo va a marcar su ritmo siempre igual y querer saltar de este instante al siguiente solo va a generarnos más ansiedad. Es como la escritura. Un libro no se hace excepto atravesando todas las páginas en blanco a las que nos abocamos cada vez que nos sentamos a escribirlo. Y toda intención de escribir algo es una ilusión mientras no se pulsen las letras del teclado hasta formar una palabra, otra palabra, una frase, sujeto, predicado, punto, otra oración, sujeto, verbo, punto. Y así se van tejiendo todas las cosas del mundo, con la dedicación de las arañas tejedoras, de las wayúu que hacen mochilas, en el tiempo y en el espacio mientras nos movemos de un estado a otro.

Caminar encima de uno de los rieles de la carrilera me ha enseñado mucho sobre el equilibrio. Siempre pensé que el equilibrio era quietud, hasta que empecé a hacer este ejercicio día tras día, primero contando los pasos que aguantaba sin caerme, poniéndome el reto inmenso de dar cien pasos sin perder el equilibrio, luego llegando a 437, luego dejando de contar y sumando solamente las veces que me caigo en todo el recorrido, porque cada día soy más diestra en el arte de andar sobre el riel de la carrilera. Es así como he podido constatar que, no importa cuán encarrilada esté tu vida, estar vivos nos hace estar en constante oscilación, estar encarrilado significa nada más dar el siguiente paso sin pensar en los que vienen, concentrarte en ese paso que estás dando y en poner tu fuerza y tu elasticidad en mantenerte ahí, en equilibrio. Jamás se está quieto en equilibrio, siempre hay dos fuerzas opuestas balanceándose de un lado a otro para poder lograrlo, incluso cuando crees que estás completamente quieto. Ese estado de quietud no es corporal, sino mental. Tu cabeza sin duda debe dejar de tener una idea y otra y otra, conversaciones ficticias con personas que crees que están bravas contigo o, mejor, con personas con las que tú estás resentido. Es esa quietud de la que hablan todos los que de alguna manera han logrado experimentar el equilibrio. Se llama el aquí y el ahora. Solo por ya estoy en equilibrio, al siguiente paso no lo sé. No hay nada que pueda asegurarnos que una curva en el riel o quizás una maleza que crece sobre él nos hagan caer al suelo. Entre un paso y el otro existe la fuerza, el dominio del cuerpo que sigue respirando, la sincronía de los brazos que a veces se abren de par en par para no caer. Estar vivo no significa otra cosa que estar buscando ese movimiento casi imperceptible entre fuerzas opuestas que nos dan equilibrio.

Justo ahora estaba viendo a un pájaro carpintero, después de mi consabida vuelta por la carrilera. Al oírlo se me dio por quedarme quieta hasta encontrarlo con la mirada en un tronco de palma seco, haciendo lo suyo. Añoré de repente tener esa determinación para encontrar mi lugar y mi quehacer en el mundo. Y el sonido hueco de su pico contra la madera me llevó al sonido de las teclas al pulsarse cuando escribo. Entonces tuve la necesidad inminente de dejarlo todo, sol, sombrero, pinzas, lectura, para venir acá a ponerlo en palabras que llegan como ráfagas. Seguramente le pasa a mucha gente, pero la gran diferencia entre el escritor y los otros es que el escritor no puede dejarlo pasar. Sean lo que sean, buenas o malas, las palabras se le presentan como una revelación cuyo código secreto va a olvidar si no se sienta en el minuto a escribirlo o por lo menos toma nota de ello.

Quiero creer que sentarme a darle forma a esa revelación que tuve con el pájaro carpintero es mi lugar en el mundo y que en la inmediatez de las redes sociales jamás sería entendido en su totalidad el hecho de sentir tanta empatía con un ave que se inmortalizó en las comiquitas como el Pájaro Loco. Con él comparto no solo el mote de loca, sino una necesidad revolucionaria de picotear con los dedos, mientras él lo hace con su pico y a veces se detiene para mirar a su alrededor y cantar de una manera un tanto disonante, chillona, mientras las plumas de su cabeza en fuego se levantan hacia arriba como si el Pájaro Loco fuera a perder su cabeza, como yo. Pájaro Loco, gracias por mostrarme que tendría que estar picoteando palabras, por encima de cualquier otra tarea de la que me crea digna. Gracias por compartir conmigo una cabeza en fuego, tu tamborileo y tu canto enloquecido. Aunque en la canción para niños nos digan que si seguimos martillando nos vamos a caer. Toc toc toc, toc, toco toc, toc, toco toc toc toc.”

Códigos de barras

Buscar alternativas para garantizar el derecho a la vida de los hinchas es el camino que guía a la organización Tribuna Abierta y a su Fundación Tribu+1. Un gran desafío, pues empoderarse como ‘garantes de vida’ ha significado sortear factores de índole social, económica y administrativa que terminan condicionando directa o indirectamente el alcance del objetivo primordial: el restablecimiento de la salud.
Por Laura Morales*

Fotografía,
Colectivo Black Mamba

Si para el ciudadano colombiano común el acceso a los servicios de salud –que, en teoría, es inseparable del derecho a la vida y la integridad personal– se convierte muchas veces en un asunto problemático, en hinchas del fútbol que han sufrido lesiones de gravedad como consecuencia de la violencia entre aficionados lo es todavía más, debido al estigma y a la carga social negativa que se lleva cuando una persona se pone la camiseta del club deportivo que profesa amar.

Juan Carlos Trujillo (fisioterapeuta), hincha de Santa Fe, y Edisson Romero (fisioterapeuta), Óscar Sánchez (terapeuta psicosocial), Fernando Enciso (entrenador deportivo) y Camila Rodríguez (terapeuta ocupacional), hinchas de Millonarios, ejerciendo una labor profesional dentro de sus respectivas barras descubrieron como tarea urgente unir fuerzas para hallar alternativas de atención en salud para aquellos seguidores que habían quedado con lesiones graves por causa de la violencia, sin importar las circunstancias o el equipo.

Bajo esta lógica, su génesis fue romper con las barreras de acceso a la salud, y su filosofía construir una red integrada por hinchas empoderados como actores de transformación sociocultural que dignifiquen la vida de su comunidad.

Así las cosas, la red de Hinchas por la Salud Comunitaria (HSC) es una iniciativa popular integrada por profesionales de la salud con la particularidad de ser también aficionados a diversos equipos del fútbol colombiano que tienen como objetivo colectivo generar dinámicas de paz a través de la RBC o Rehabilitación Basada en Comunidad.

Esta es una estrategia que mejora la calidad de vida de las personas con ‘discapacidad’ y sus familias, atendiendo necesidades básicas pero también velando por su inclusión y participación.

Las HSC inicialmente están conformadas por psicólogos, fisioterapeutas, entrenadores deportivos y terapeutas ocupacionales profesionales o en formación.

Entre lo semejante y lo diferente

Con el transcurrir de las sesiones se construyó de forma colectiva una manera distinta de desarrollar el espacio y para expresarlo en el lenguaje barrista, se establecieron unos nuevos códigos para relacionarse y trabajar. Un primer paso consistió en llevar la sesión a los parques públicos para salir del ambiente hospitalario tradicional y también para dar uso a esos territorios que son habitados por sus propios ‘parches’. Ese fue el caso de Harry, el primer paciente de la unidad e integrante de la barra popular de Santa Fe, la Guardia Albi-Roja Sur, quien fue violentado por hinchas de Millonarios y sufrió un trauma craneoencefálico severo desencadenando una inflamación que obligó a una cirugía llamada Craniectomía descompresiva.

Fernando, entrenador deportivo y líder del parche de Harry, usó sus conocimientos en su rehabilitación y se unió con el cariño respectivo y sin perder la fe a la red de Hinchas por la Salud Comunitaria. La sesión se desarrolló en el Parque Puerto, ubicado en la localidad Kennedy de Bogotá. Una experiencia inédita pues el territorio está marcado por la presencia de la barra cardenal; sin embargo, todos los miembros de la red realizaron la sesión con sus camisetas puestas sin importar el equipo. Edisson Romero compartió su experiencia:

“Partió en dos mi vida como futbolero porque siempre está inculcado en uno el nunca hacer amistades con el rival de patio, incluso partiendo desde la historia, gloria y hazañas vividas. Pero del otro lado del charco está mi profesión. No quiero hacerle daño a nadie, más bien quiero ayudar a todos, de ser posible tenemos que ayudarnos unos a otros. Yo entré a ese parque con mi camiseta de Millonarios y comencé este proceso con Harry, que ahora es un orgullo”.

Lo que reafirma en el imaginario colectivo que la rivalidad está en la cancha y no en la vida de las personas, y que se puede llevar la camiseta de manera sana.

La red se ha tejido

Actualmente, quince hinchas de América, Nacional, Millonarios y Santa Fe con diferentes lesiones son pacientes y algunos otros son líderes de la red. Conversan sobre sus dificultades, dolencias y necesidades. Crean soluciones para “no dejar morir” al compañero y consideran los avances en la rehabilitación de cualquiera el avance de todos, pues la alegría y el orgullo se expresan en palabras de aliento y solidaridad. Los sueños también son arte y parte; las habilidades que desarrollan algunos se comparten. Así por ejemplo, si alguno aprendió a conducir gracias a su capacidad diversa se lo enseña al otro y le explica cómo adaptar el carro; si alguno siente dolores fantasma el otro le ayuda, pues ya pasó por el dolor, e, incluso, si alguno no tiene una silla de ruedas digna toda la red se moviliza para conseguir alguna. En las charlas que se realizan por medio del abordaje psicosocial se ha generado una distancia de la palabra ‘discapacidad’, pues ninguno se siente identificado con el término.

En definitiva se ha creado reconocimiento desde la capacidad diversa, pues su autoimagen es la de un sujeto activo y propositivo que explora posibilidades para mejorar en los ámbitos individual, familiar, social e institucional apostando por acciones que no solo se queden en el respeto sino que, más bien, empujen a construir sobre lo inclusivo y lo diverso.

* Periodista de El Observador


**PONGALE
COLOR**

EL TALLER DE SCREEN DE LA FUNDACIÓN TIEMPO DE JUEGO

**ESTAM-
PAMOS
SUS UNI-
FORMES**
... Y SUS GORRAS, CAMISETAS,
MALETAS, PANTALONES.

TEL: 315 357 9786
PONGALECOLOR@TIEMPODEJUEGO.ORG

Las voces de la periferia

Un joven desplazado que terminó como becario de Adidas y director técnico de un club de fútbol; otro seleccionado por la NASA para un proyecto en Estados Unidos y otro más que con el arte urbano logró escapar de los problemas cotidianos. Esas fueron las historias que se oyeron en el foro sobre arte y deporte que se llevó a cabo en la Universidad del Magdalena.

Que los jóvenes en Colombia tengan voz y tengan espacios para el diálogo; que puedan hacerse preguntas, entender el país que les tocó vivir y llegar a soluciones conjuntas, es algo que no termina de estar en la agenda nacional.

Pero además, que los jóvenes de las periferias, de zonas remotas y olvidadas de las costas Caribe y Pacífica sean incluidos en espacios de participación ciudadana es quizás algo que a nadie se le pasa por la cabeza.

Amplificar sus ideas y conocer realmente cuáles son sus necesidades y sueños, no es precisamente uno de los objetivos que se trazan las instituciones y, mucho menos, los planes de gobierno.

En las montañas de Cazucá, esa zona de la periferia de Bogotá, las voces de los jóvenes están resonando, y no propiamente porque se les haya dado el espacio para hacerlo sino porque se lo han luchado a punta de constancia, sudor y creatividad. Muchachos para los que desde su niñez el futuro ha sido incierto: que crecen entre fronteras invisibles que van de la calle hasta su propio cuerpo, y que a la misma vez han tenido que sacudir esas ideas y “dar la pelea” para soñar en grande y fijarse propósitos reales. Y pensar que todo comenzó con un balón que se puso a rodar hace trece años.

Hasta el Magdalena llegó ese balón con sus ideas de cambio, con la intención de que los jóvenes de Ciénaga, Santa Marta y Guachaca se piensen a sí mismos y abran el espacio que por décadas ha estado clausurado. Un espacio en el cual eligen por y desde el amor propio y en el que se forjan como gente que sabe qué quiere y para dónde va, así su panorama no sea muy alentador.

Entre esas apuestas de la Fundación Tiempo de Juego están las ganas de propiciar diálogos abiertos e incluyentes como el foro “Arte y Deporte: Opciones reales para jóvenes reales”, que el viernes 30 de agosto se tomó el auditorio del Claustro San Juan Nepomuceno de la

Universidad del Magdalena.

En una conversación intergeneracional, distintas instituciones, tales como Bienestar Familiar, Profamilia y la Defensoría del Pueblo nos contaron cómo están abordando los distintos casos que afectan la salud, el desarrollo y el libre ejercicio del deporte y el arte en las poblaciones de infancia y adolescencia.

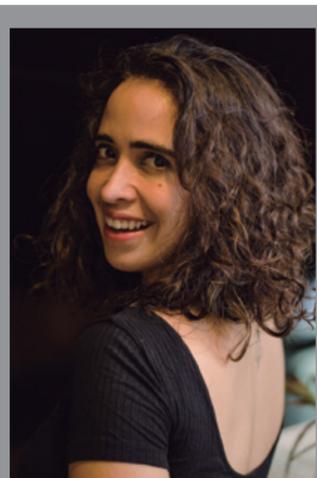
Si bien estas organizaciones pusieron en evidencia la falta de oportunidades y las dificultades que tienen los jóvenes hoy en día al pensarse un futuro digno, el foro se enriqueció con la presencia de cuatro jóvenes líderes que a pesar de su corta edad han encontrado en la ciencia y el deporte la forma de laurear un porvenir exitoso.

El ejemplo de ellos fue José David Osorio, más conocido como “El Paisa”, quien llegó siendo niño a la comuna 4 de Soacha en situación de desplazamiento después de que la violencia le arrebató a su padre. En ese llegar sin raíces a un territorio extraño José David conoció las drogas y lo que con ellas deviene en las periferias de la fría capital. Pero quien nos contó su historia es un joven con grandes habilidades para luchar por lo que quiere, y hoy en día es uno de los pocos becarios de Adidas en el mundo por su labor como líder comunitario. Después de trabajar para StreetFootballWorld y el Barcelona FC, actualmente es fundador del Club Cazucá FC.

En ese proceso de narrar desde la resiliencia, varias personas del público también se sintieron con el ímpetu de compartir sus historias de vida. Entre ellos, Andrés Hernández, un joven líder del barrio El Pantano de Santa Marta nos contó cómo desde el arte urbano, específicamente el rap y la música, él y varios jóvenes han podido acceder a un nivel de consciencia distinto que les mantiene a flote entre los problemas cotidianos del barrio. Y con rimas improvisadas, Andrés compartió su talento musical con el auditorio, llenando el recinto de ideas nuevas.

Ya cuando la sonrisa se nos dibujaba en la cara, Juan José Henríquez, científico empírico y estudiante de grado séptimo tomó el micrófono. Este chico ha sido seleccionado por la NASA para hacer parte del proyecto Generación Marte en la ciudad de Huntsville, Alabama, en los Estados Unidos. Eso quiere decir que él está firmemente convencido de que en el año 2025 viajará a Marte y así nos lo hizo saber. Cuando creímos haberlo escuchado todo, Juan José nos narró sus visiones de niño y cómo a los diez años se dio cuenta de que quería ser astronauta.

Qué gran mañana y qué manera de inspirarnos mutuamente. Los jóvenes que nacen y crecen en los contextos más complejos de Colombia tienen mucho para decir y, aun más, tienen unas alas enormes para volar y hacer realidad lo que sueñan. También, vale decir, que ese cielo donde volar es un derecho fundamental y que cada ciudadano debe velar para que sea así.



NATALIA ROA

Coordinadora del Colectivo de Comunicaciones de Tiempo de Juego, regional Magdalena

PROGRAMA DE TRANSFERENCIA METODOLÓGICA

Lleva la Ruta Aprender Jugando a tu comunidad



Durante los últimos tres años **Tiempo de Juego** ha desarrollado ejercicios de transferencia metodológica contratadas por **16** empresas y organizaciones, formando a **741 líderes** comunitarios que usaron el juego y las habilidades para la vida, beneficiando a **9443 niños**, niñas y jóvenes de **26 territorios** de Colombia.

APRENDER JUGANDO

FUNDACIÓN TIEMPO DE JUEGO

Fútbol por la paz

Por Andres Wiesner*



Hace veinte años, organizaciones que hoy trabajan con el fútbol como modelo de desarrollo entendieron que una pelota de trapo era la única herramienta que les quedaba para sobrevivir. Colombia vivía entonces los peores años de su sangrienta historia de violencia y, entre minas antipersona y combates, algunas comunidades utilizaban el fútbol como una estrategia para distraer a los niños y sacarles alguna sonrisa.

Quizás sin imaginarlo, esas organizaciones se preparaban silenciosamente para dar una solución tangible al momento de posconflicto por el que hoy atraviesa el país. Inimaginable porque pocos pensábamos que terminaría la guerra, y también porque era difícil pensar que algo tan común y cotidiano como el fútbol se iba a complementar con metodologías psicosociales y pedagógicas que permitirían desarrollar habilidades en los niños para, entre otras cosas, hacerle el quite a la guerra.

De esta manera, estas organizaciones fueron intercambiando conocimientos y se fueron fortaleciendo para ofrecer un modelo con resultados palpables. Comenzaron a surgir jóvenes líderes y agentes de cambio en sus territorios, que se convirtieron en formadores de otros pequeños que, a su vez, hoy viven con nuevos sueños e ilusiones.

A ellos se sumaron víctimas y victimarios del conflicto armado -decididos incluso a trabajar juntos-, quienes también encontraron en el fútbol una estrategia para que los niños de sus regiones no repitieran su historia. Agrupados en la Red Fútbol y Paz y apoyados por el Mi-

nisterio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania y por streetfootballworld, estas organizaciones llegaron a los lugares más golpeados por la guerra en Colombia para celebrar unos festivales a los que bautizaron GOL&PAZ. Su intención fue demostrar a estas comunidades que no estaban solas en esta nueva etapa y enseñarles cómo el fútbol, deporte que tanto han querido y que por años la guerra les arrebató, les puede servir como su mejor arma para volver a integrarse, luchar y caminar hacia adelante.

Un grupo de crónicas retrata algo de lo que fueron esos días maravillosos en Bojayá, Corinto, Siloé, El Tarra y otros municipios y territorios del país, en donde los niños y un balón fueron los protagonistas. Asimismo, cuenta las historias de varios de sus líderes, quienes nos devolvieron la fe en Colombia y nos recordaron que, mientras quede el fútbol, quedan esperanzas.

A continuación, el relato de la experiencia en Bojayá.

Para el especial completo, visite elobservadornoticias.com

*Director de El Observador





Volver a jugar

Un cristo de yeso mutilado bajo los escombros de una iglesia en la que murieron ciento diecinueve personas es la imagen que simboliza la masacre de Bojayá, ocurrida el 2 de mayo de 2002. Es la foto que le dio la vuelta al mundo; es la escalofriante escena que nos recuerda que ni bajo el manto de Dios estamos a salvo.

Esa mañana de mayo, Leonel Bedoya, quien a sus doce años fungía como colaborador del Padre Rogelio Antún y entre sus deberes estaba el de organizar partidos de fútbol, también se refugió en la iglesia para protegerse de los combates que se venían presentando. Él estaba allí, cantándoles canciones a los niños chiquitos para tranquilizarlos, cuando la guerrilla de las FARC lanzó un cilindro bomba como parte de su ofensiva contra los grupos paramilitares.

La región del Pacífico colombiano se había convertido en ese entonces en un escenario de guerra. Los grupos armados ilegales buscaban apoderarse de las tierras y de las rutas marítimas para establecer territorios de siembra de coca y transporte de cocaína. Casi 100.000 víctimas fatales dejó el conflicto armado solo en esta zona. El 30% eran civiles. Según cifras del Centro de Memoria Histórica, 550.000 personas tuvieron que dejar sus tierras.

Leonel no hizo parte de los cuarenta y nueve menores que fallecieron. A él no se le quemaron las piernas como a su primo Leison de nueve años. Ni murió asfixiado como Asdrúbal, de diez. Él no murió descalabrado cuando el techo se desplomó, como Diana y Carmelino de tres y siete, respectivamente.

Él se despertó en un hospital tres días después, confundido, triste, aterrorizado, y poco a poco fue entendiendo que ya no volvería a ver a muchos integrantes de su familia. Tampoco a sus amigos.

Los fotógrafos, videógrafos, periodistas, antropólogos, sociólogos, entre otros que fueron a registrar con sus cámaras lo ocurrido, nunca pensaron en abrir su diafragma. Para qué si un cristo sin cabeza en una iglesia destruida lo decía todo.

A unos pocos metros a la derecha de la iglesia estaba la cancha de fútbol. Esa que Leonel tanto extrañaba en su nueva vida lejos de su tierra, pues él, al igual que seiscientos cuarenta bojayaceños, tuvo que dejarlo todo y salir desplazado.

A esa cancha llevaron los cuerpos mientras llegaba la Cruz Roja. Allí velaron a los niños que días antes jugaban con temor pero resignados a su suerte. Ahí quedaron

sepultados los sueños de Leonel Bedoya, quien algún día, mientras entrenaba en ese terreno a orillas del río Atrato, soñó con ser futbolista.

Segundo tiempo

Son las nueve de la mañana del sábado 17 de noviembre de 2018, han pasado dieciséis años desde la masacre y el municipio de Bellavista, en el departamento del Chocó, donde se intenta reconstruir Bojayá, recibe a unos ilustres visitantes.

Se trata de trescientos niños que habitan diferentes corregimientos que bordean el río Atrato, quienes han sido invitados a jugar fútbol en el marco del Festival GOL&PAZ, un evento organizado por el Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania y la Red Fútbol y Paz que busca utilizar el fútbol como una herramienta para la reconciliación en tiempos de posguerra en Colombia.

En diferentes pangas llegan niños que solo salen de sus corregimientos cuando tienen una urgencia médica. Pero esta vez no hay dolor, solo la ansiedad de unos pequeños que saben que van a jugar un torneo de fútbol.

En una especie de catarsis, Leonel intenta que se cumplan los sueños de los demás e intenta explicarles a los futbolistas que en los partidos de este festival no ganará el que meta más goles sino el que se comporte mejor en la cancha. Les dice, con la paciencia de un pedagogo

empírico, que jugarán sin árbitro para que ellos mismos aprendan a resolver sus diferencias. Y les sentencia que cada equipo tendrá que alinear mujeres con el propósito de trabajar la equidad de género.

Leonel está acá porque sí. Porque le da la gana. Porque simplemente cree que el fútbol puede ayudar a que los niños estén mejor y no repitan la historia de terror que a él le tocó vivir.

Quizás por eso desde hace más de diez años entrena a niños tres veces por semana sin que nadie le pague un centavo. Sin que nadie le dé unos uniformes y menos unos refrigerios. Reemplazando la cancha con un pedazo de tierra que se inunda cuando llueve y es un polvero cuando hace sol.

En el marco del proyecto GOL&PAZ, Leonel viajó a Medellín y se capacitó para contar con más herramientas pedagógicas y así trabajar mejor con sus pupilos. Conoció a otros cien líderes que como él quieren volver a su tierra y transformar el país con una pelota de trapo.

Bajo el húmedo calor de Bojayá el festival transcurre y poco a poco los niños entienden las reglas de juego: las que hablan de respetar al rival, de incluir a la mujer, de celebrar los goles con baile y alegría.

Y mientras tanto Leonel siente que está comenzando el segundo tiempo. Mientras observa a esos pequeños a los que la guerra de este país les ha negado su derecho al juego, él siente que llegó la hora de la revancha. Y esta vez no está dispuesto a perder.

Soccer for peace

Twenty years ago, the organizations that now work using soccer as a development model understood that the balls made out of leftover cloth were the only tools left to survive. During that period, Colombia experienced the worst years of its bloody history and, between landmines and violence, some communities began to use soccer as a method of distracting their children and bringing smiles to their faces.

Perhaps without knowing, those same organizations were silently preparing to produce a tangible solution in the moments of post-conflict that the country is now experiencing. It is unimaginable, because few had faith that the war would end, and it was difficult to believe that something so mundane and commonplace such as soccer, would go on to complement psychological and pedagogical methodologies that would develop the ability in the children to, among other things, distance themselves from the war.

By doing so, these organizations were exchanging knowledge and strengthening themselves to offer a model with real results. Young leaders and agents of change in their neighbourhoods began to emerge, who then became instructors for other young children who now, in turn, live with new hopes and dreams.

Victims and perpetrators of the armed conflict – determined to work together – joined them. They also found in soccer a strategy to ensure that the children in their regions didn't repeat their history.

Grouped in the Soccer and Peace Network and supported by the German Federal Foreign Office y Streetfootballworld, these organizations came to those areas worst affected by the war in Colombia to celebrate festivals that they then baptized Gol&Paz. Their aim was to demonstrate to these communities that they were not alone in this new age and to teach them how soccer, a sport that so many of them have loved and that the war had taken from them for so long, can serve as the biggest weapon to try again to integrate, strive and move forward.

One group of chronicles depicts something of what those marvellous days in Boyajá, Corinto, Siloé, El Tarra and other towns and territories of the country were like, where the children and a ball were the protagonists. Likewise, it tells the stories of many of their leaders, who restored our faith in Colombia and reminded us that, while there is soccer, there is hope.

Here is the full story of the events in Boyajá.

To read more stories about Gol&Paz, visit elobservadornoticias.com



Play again

A mutilated plaster statue of Christ, which was found under the rubble of a church where 119 people died, has become the iconic image of the massacre of Boyajá that occurred on 2nd May 2002. The picture of this figure travelled the world; a disturbing image that reminds us that not even under God's auspices are we safe.

That morning, 12-year-old Leonel Bedoya, whose trusted role as Father Rogelio Antún's 'right-hand man' included the organisation of football matches, took refuge in the church, escaping from the fighting that was taking place outside. And there he was, singing songs to the youngest children in the church to calm them down, when the FARC Guerrilla group fired a cylinder bomb against the paramilitary groups.

At the time, the Colombian Pacific region had become a war zone. Illegal armed groups sought to seize land and maritime routes to establish territories for planting and transporting cocaine. The armed conflict left nearly 100 victims in that area alone, 30% of which were civilians. According to the Centro de Memoria Histórica, 550,000 had to leave their lands.

Leonel was not one of the 40 children that died that day. His legs did not get burned like his 9-year-old cousin

Leison. Nor did he die from asphyxiation like 10-year-old Asdrúbal. He was not crushed to death when the roof collapsed as Diana and Carmelino were, 3 and 7 years old respectively.

He woke up in a hospital three days later, confused, sad, terrified. And he soon understood that he would not see many members of his family, nor his friends ever again.

As photographers, videographers, journalists, anthropologists, sociologists and others travelled to capture what had happened in Boyajá, upon arrival none of them could remove their lens cap. The reason why, also lay in the rubble of the church, in the image of a mutilated Christ.

Only a few metres from the church stood a football field. The field that Leonel would miss so much, far from his land, because like another 740 boyajaceños, he had to leave everything and walk away from his home.

Across that football field, they carried the bodies while the Red Cross arrived. There, they wrapped the children in shrouds, who only days before played with fear but were resigned to their fate. Somewhere on that field, the dreams of Leonel Bedoya remain buried. The

dreams of a young boy, who someday, while training on that patch of land on the banks of the Atrato River, had dreamed of becoming a professional footballer.

Second Half

It is 9am on 17th November 2018. 16 years have passed since the Massacre of Boyajá. The municipality of Bella Vista, within the district of Chocó, where Boyajá is being rebuilt, is welcoming some VIP guests.

There are 300 boys and girls living in the towns dotted along the banks of Atrato River, who have been invited to play football at the festival of Gol & Paz, a project that uses football as a tool for peacebuilding and reconciliation in Colombia. The project is supported by the German Federal Ministry of Foreign Affairs and organised by the Fútbol y Paz network.

In different boats arrive dozens of children who would normally only leave their villages in case of medical emergency. But this time, there is no pain, only the nervousness of a child who knows that he is going to play in a football tournament.

In a kind of catharsis, Leonel tries to fulfill the dreams of others and tries to explain to the young players that in the games of this festival, the winner won't be the one who scores more goals, but the one who behaves better on the pitch. He tells them, with the characteristic patience of a pedagogue, that they will play without a referee and that they will have to learn to solve their

differences themselves. He also states that each team will have to include female players, in order to promote gender equality on and off the pitch.

Leonel is here because this is where he wants to be. Because he believes that football can help children and youth to become better people, and not repeat the horror that he witnessed as a child.

His beliefs are ones constructed over the course of more than 10 years, through training children three times a week without making a penny; without jerseys or refreshments for the kids; and without a football field, and only a piece of land that floods when it rains and becomes a storm of dust when it is sunny.

Within the framework of the Gol & Paz project, Leonel travelled to Medellín where he took part in football for good training-of-trainer courses, and learnt additional methodologies to continue empowering his pupils. In this context, he met a further 100 peace leaders who, like him, want to return to their lands and transform their country with a football.

The festival takes place in the humid heat of Boyajá. Slowly, children are embracing the rules of the game: speaking nothing but respect of the rival, girls' inclusion and celebrating every joy by dancing with joy.

All the while, Leonel feels that a new dawn has arrived. Watching those children who have been denied the right to play by the war in his country, he feels that the time has come for them to play a new game. A game he is not willing for them to lose.



Fotografías, Cristian Rojas

SILOÉ CALI

Dos rasgos que caracterizan a Cali son el buen fútbol y la buena salsa. Ahora, en Siloé, uno de sus barrios más populares, descubrieron que el arte y el deporte también sirven para mejorar la calidad de vida de los jóvenes. Por eso recibieron a decenas de niños de los diferentes barrios de la ciudad que llegaron para participar en el Festival Gol&Paz.



Fotografías, Cristian Rojas

CORINTO CAUCA



En Corinto todo empezó gracias a Eduardo Molina, quien armó una escuela de fútbol con niños de la región. Utilizar este deporte como modelo de desarrollo ha permitido que niños aficionados lleguen a ligas mayores y que muchos otros le hagan el quite a la guerra. El día del Festival Gol&Paz, niños del norte del Cauca pasaron una tarde inolvidable al son del juego, el fútbol y la música.



Fotografías, Camilo Gómez

QUIBDÓ CHOCÓ

Más de 300 niños de diferentes barrios de Quibdó se dieron cita en el estadio La Normal para vivir el Festival Gol&Paz. Muchos de ellos pertenecen al programa Construir Jugando de la Fundación Selección Colombia, la cual reunió hace cuatro años a las mejores personas y entidades que trabajan el fútbol como modelo de desarrollo para con él llevarle enseñanzas, opciones e ilusiones a cientos de chocoanos.



Fotografías, Nicolás Peláez

EL TARRA

NORTE DE SANTANDER

Nada como ver abrazos de fútbol, abrazos de paz en el Catatumbo. Gracias a las fundaciones Juventud Líder y Fútbol con Corazón, el poder de la pelota de trapo está haciendo de las suyas: cientos de niños de la región están aprendiendo habilidades para la vida mientras ocupan su tiempo libre de una forma sana, haciendo lo que más les gusta.



La primera de muchas

Con apenas doce años, Daniel Sánchez es el reportero más joven de El Observador. En su primera entrevista charló con el escritor colombiano Juan Esteban Constaín sobre literatura, periodismo y, por supuesto, sobre fútbol.

Constaín es un apellido raro, ¿de dónde viene?

Dicen que es de origen francés y que los primeros Constaín que llegaron a Colombia lo hicieron en el siglo XVIII con los españoles.

¿Y en dónde se ubicaron en Colombia, mejor dicho, en dónde pasaste tu infancia?

Yo nací en Popayán y vivía al lado de un río, entonces los viernes y los sábados la gran diversión con mis vecinos era hacer guerra de piedras con unos muchachos que vivían al otro lado. No había ventana que durara ni en esa orilla ni en la mía. Luego, mi papá se vino a trabajar a Bogotá, entonces yo llegué como a los nueve años y me produjo una sensación que todavía recuerdo porque, primero, nunca había montado en avión, y segundo, tenía la sensación de que Bogotá era el futuro, me imaginaba esta ciudad fría, con la gente de corbata y de gabardina porque mi abuela me decía que los bogotanos iban siempre así. Cuando llegué encontré mucho tráfico y un sol espléndido, ese que solo suele hacer en Bogotá; esa fue una experiencia agri dulce pero luego me incorporé a esta ciudad que quiero mucho y de la que me siento hijo adoptivo.

Yo siempre he querido ser periodista y escritor profesional, pero no entiendo bien cuál es la diferencia entre periodismo y literatura.

Hay una diferencia grande porque la literatura es un arte, el periodismo es un oficio. Lo que pasa es que como ambas se construyen con palabras, conviven y confluyen en el lenguaje. Muchos de los más grandes escritores modernos se dedicaron también al periodismo porque vivir de la literatura es muy difícil..., vivir del periodismo también, pero el periodismo da más salida para que uno pueda hacer más cosas.



“

La literatura es un bálsamo, es la oportunidad de conquistar el paraíso en la Tierra”

como la colombiana es una bendición. La literatura es un bálsamo, es la oportunidad de conquistar el paraíso en la Tierra; y el periodismo aporta mucho porque permite iluminar esas desigualdades y esas dificultades y hacerlas más relevantes.

Hablando de literatura, ¿por qué decidiste ponerle de título a una novela tuya El hombre que no fue jueves?

Porque el protagonista de esa novela es un escritor inglés al que yo admiro mucho, que se llama Gilbert Keith Chesterton, y él había escrito una novela que se llama El hombre que fue jueves, y la historia de esa novela es la de un grupo de espías en la Inglaterra de los años veinte, en la que cada uno de ellos se identifica con el nombre de un día, y el protagonista de la novela era jueves. Entonces cuando escribí mi novela sobre Chesterton no tenía título y se me ocurrió hacerle un homenaje a uno de sus títulos

Entonces mejor ser periodista (!?)

Mi escritor favorito, Charles Dickens, es un inglés del siglo XIX que vivía de ser periodista hasta que se volvió famoso siendo escritor. García Márquez, por ejemplo, fue un magnífico periodista, pero se veía que era un Maestro de la literatura. Entonces yo creo que un buen escritor, como seguramente lo serás tú, tiene la posibilidad de entender el alma humana, y eso es clave para hacer periodismo porque el periodismo es contarles a los demás cómo son los otros.

¿Y cómo crees que el periodismo y la literatura pueden aportar al desarrollo del país?

El arte en general siempre le sirve a cualquier sociedad porque enriquece la vida de la gente. El arte eleva a las personas y las pone a hablar de otros temas y les abre unas puertas inesperadas, y eso en una sociedad tan llena de dificultades y de desigualdades



Fotografía, Cristian Rojas

más ingeniosos, que al final es un juego de palabras que tiene que ver con la trama de la novela.

Otro de tus libros, ¡Calcio!, es sobre fútbol, ¿por qué escogiste el fútbol como tema?

Porque me gusta mucho el fútbol, siempre me ha encantado. Yo viví un tiempo en Italia y estando allá fui un día a Florencia y ese día se jugaba la final de la Eurocopa, entre los Rangers de Glasgow y la Fiorentina, y cuando llegué todos los hinchas de los Rangers estaban como borrachos en las plazas de la ciudad, parecía una escena medieval y me dije: “Quiero contar esta historia”, y recordé que en la Edad Media existía un deporte que se parecía más al rugby que al fútbol, que se llama el “calcio”, entonces ahí fue surgiendo la idea. Un día, ya de regreso en Colombia, tuve un sueño en el que se me apareció el protagonista de la novela, así que decidí dejar lo que estaba haciendo y me dediqué seis meses a escribirla, y es mi novela-homenaje al fútbol.

Yo soy de Millonarios, ¿tú de qué equipo eres?

Bueno, nadie es perfecto. No podías tenerlo todo: gran periodista, buena gente, pero bueno... Yo soy hincha del América de Cali.

Pues entonces damos por terminada esta entrevista...

(Risas)

¿Y cuál fue la última vez que fuiste al estadio a ver a tu equipo?

Hace mucho que no voy al estadio a ver al América. La última vez que fui fue hace muchos años con un gran amigo que se llama Julián Amaya. Fuimos a ver un partido Santa Fe-América, un partido épico porque el América empezó ganando 2-0, Óscar Córdoba era nuestro arquero, cometió una falta, lo expulsaron, y entonces un personaje que se llama el Gato Pérez, que jugaba en el América, terminó tapando y, claro, nos metieron 3 goles y perdimos 3-2. Ese fue el último partido que vi del América, me gusta mucho ir al estadio, pero el América estuvo mucho tiempo en el ostracismo de la B y era imposible verlo.

Juan Esteban, muchas gracias por haber-nos acompañado.

Con mucho gusto, y ojalá me vuelvan a invitar.

Lo invitamos a ver la entrevista completa en video en el observadornoticias.com

Antes de tiempo



Título original: Antes de tiempo.
Año de estreno: 2018.
Dirección: Simón Hernández y Andrés Wiesner.
Duración: 43 minutos.

Es un extraño final feliz, el de Antes de tiempo, porque es un final abierto, un final como unos puntos suspensivos. Siempre me han dolido más de la cuenta las despedidas de las películas —hasta el punto de que hace unos años me senté a hablar con una terapeuta para entender por qué—, pero esta vez me costó tragarme las lágrimas ante el emocionante reencuentro con el que termina el documental. Se trata de un trabajo admirable, doloroso, esperanzado entre el horror, que, luego de una investigación de un poco más de una década, ha conseguido rescatarles tanto la forma como la belleza a un par de historias de las calles de Altos de Cazucá (Soacha). Y el final que les digo, estremecedor por decir lo menos, es el final de una plegaria: “Ojalá que estas dos vidas no sean dos tragedias más...”.

Los guionistas de los dramas que vemos en todas partes —digo: los guionistas profesionales— suelen hacerse una primera pregunta antes de sentarse a escribir una película: ¿de quién es esta historia?, ¿qué personaje va a soportar, para bien o para mal, los tres actos del relato?, ¿qué personaje va a encarar los giros y los reveses y las condenas de la vida? No es exactamente igual en los documentales: en los documentales no suele ponerse en escena lo que se escribió tal como se escribió, sino que, sobre la base de un plan, de un boceto, se va descubriendo una historia irrepetible en medio del ruido. Si un documental emprende la tarea de contar una vida que hasta ahora está tomando cara, como pasa con Antes

de tiempo, es porque se está celebrando una suerte o se está buscando conjurar un mal destino.

Antes de tiempo sigue secuencia tras secuencia a un par de menores de edad, con contención y con compasión y con respeto, mientras los dos tratan de sobrevivir a las mil y una trampas de Altos de Cazucá. Alison, hija de una familia signada por el embarazo adolescente, ha encontrado en el atletismo —en la escuela de la fundación Tiempo de juego— un propósito, una ruta: su bello retrato, el de una deportista disciplinada que ha conseguido conservar algo de su infancia y ha asumido en cuerpo y alma la tarea de redimir a su familia, es el de una vida ejemplar contra todos los pronósticos y las estadísticas. Dilan, hijo de una familia de vendedoras de dulces y de bazuco, hace lo mejor que puede para escapar de la criminalidad: “Yo sé que puedo”, se dice.

No es nada, nada fácil. No todo el mundo logra una vida libre de violencia en las calles de Altos de Cazucá. Sólo unos cuantos afortunados alcanzan el derecho a la nostalgia o a las conjeturas en esas lomas varadas en el presente. Y, sin embargo, como Dilan lo sabe, como Dilan está dispuesto a pronunciar en voz alta las peores noticias que ha recibido, puede que en su caso sea cierto aquello de seguir adelante. Quién sabe qué pase. Ojalá sea así. Antes de tiempo describe su vida cuadro por cuadro —los días de angustia porque su mamá salía a robar en las noches, las tardes amargas en la correccional, el reencuentro feliz del que hablo— para devolverle toda su humanidad, para probarle al espectador, por si todavía no lo tenía claro, que hay personas que viven mejor en la cárcel que en la calle.

Hay imágenes bellas desde el principio hasta el final de Antes de tiempo: planos del barrio, de las casas, de las caras de los protagonistas. No es porque los directores pretendan embellecer un par de historias llenas de angustias, de desolaciones, sino porque tienen clara esa belleza: esa belleza es verdad. No hay un solo segundo ni un solo cuadro de miserabilismo en el documental. Hay empatía. Hay sabiduría narrativa. Se nos muestra apenas lo que tenemos que ver. Se nos cuenta apenas lo suficiente para que entendamos las dimensiones de los triunfos y de las derrotas. Las cámaras no invaden el territorio de nadie ni se regodean en las escenas más dolorosas. En cambio, se fijan en estas personas con el cuidado necesario, con el amor necesario, para que sea evidente que podrían vivir —y que se merecerían— vidas mejores.

Siempre se me han aguado los ojos, en el mejor de los casos, en las reivindicaciones y en las despedidas de las películas: reto, a quien tenga la fortuna de ver Antes de tiempo, a que no se desbarate cuando tenga enfrente el reencuentro que les digo. Es un alivio sin lugar a dudas. Pero también es una incertidumbre.

Ricardo Silva Romero

El reto del videógrafo es transmitir en sus videos los sentimientos de los personajes y el contexto de sus territorios.

En Labzuca nos queda fácil porque somos los personajes de los territorios los que hacemos sus videos.

Un modelo de negocio social.

Videos
Video clips
Documentales

Agencia de medios
Diseño gráfico
Animación
Libros
Revistas

LABZUCA

www.labzuca.org

Llámenos. 320 273 9665

El periodismo es crucial en una sociedad no solo porque describe, explica e interpreta la realidad, sino porque hace parte de la definición de democracia y de libertad, porque es capaz de generar cambios culturales y porque tiene una gran responsabilidad en la memoria colectiva de una comunidad, en la forma como ésta se mira y se recuerda.

El Observador nace para todo eso y para contar la realidad con otros ojos. Crónicas, entrevistas, reportajes, escritos por jóvenes de Cazucá y localidades del sur de Bogotá que decidieron dedicar su tiempo libre a ejercitar el músculo de la curiosidad, a elegir ver no solo el lado negativo de lo que pasa a su alrededor, sino también darle visibilidad a lo positivo. Su propósito es narrar historias inspiradoras pero también cotidianas, de gente que con su trabajo diario aporta su grano de arena para construir un mejor país.

La Fundación Tiempo de Juego se enorgullece de ver nacer un proyecto periodístico como El Observador, que no solo se está convirtiendo en una alternativa de vida para muchos jóvenes de Cazucá, sino que le está ofreciendo a la comunidad una nueva visión de sí misma.